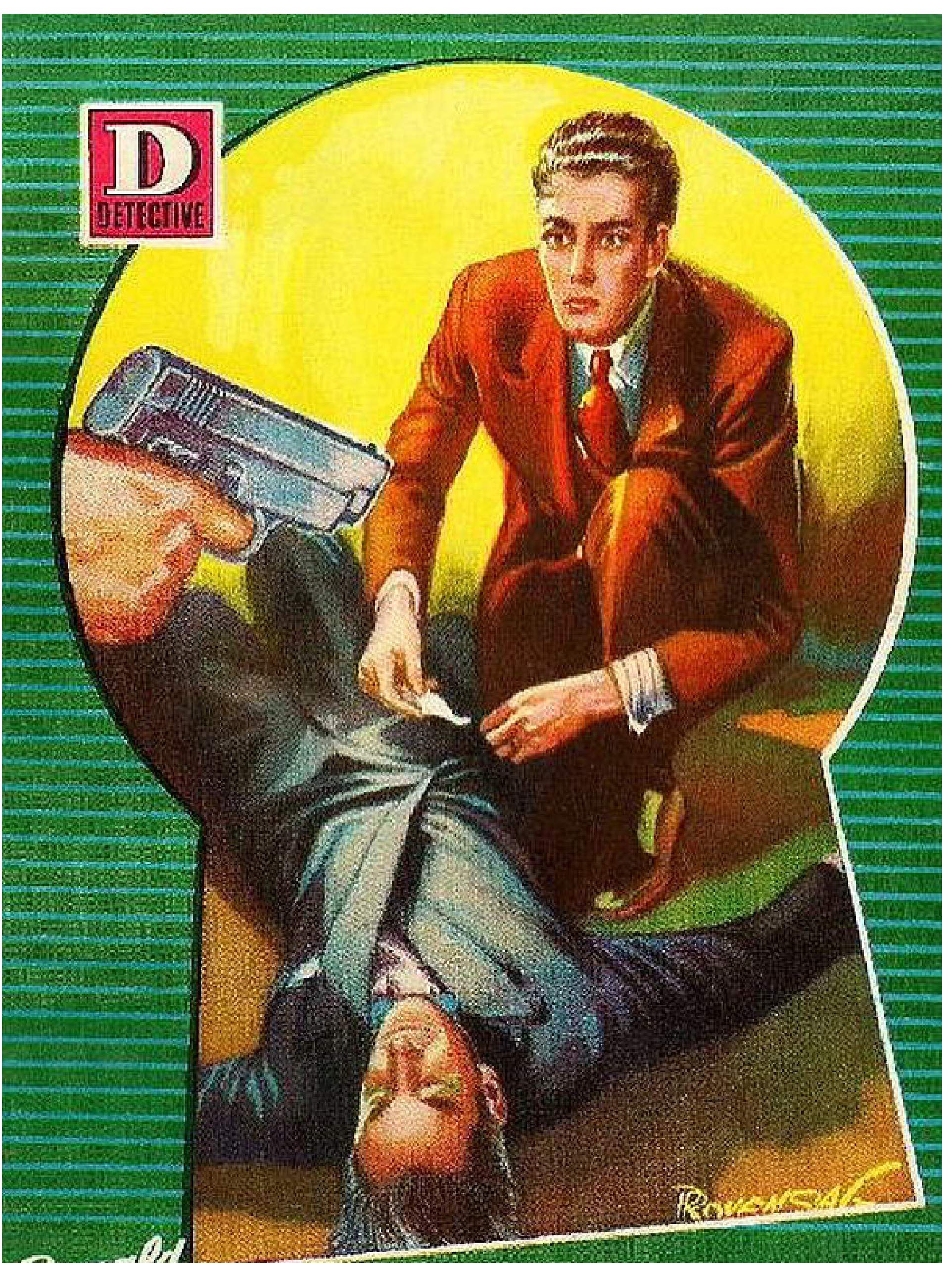


Donald Curtis

LA MUERTE ELIJE

—Lo siento, Doug, pero queda despedido.

Y como si el decir esto hubiese sido algo superior a sus fuerzas, mi jefe se recostó con indolencia en su asiento.

Era muy natural. Había faltado a mi obligación, largándome sin pedir permiso a nadie. Allí no solía consentirse que los redactores se tomasen las vacaciones por propio impulso.

Había perdido mi empleo en el «Journal». Tomé la cosa con filosofía, y dando media vuelta salí del despacho de mi director.



Donald Curtis

La muerte elige

Detective - 41

ePub r1.0
LDS 21.01.19

Título original: *La muerte elige*
Donald Curtis, 1953
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




La muerte elije
por DONALD CURTIS
D
DETECTIVE

Capítulo primero

—Lo siento, Doug, pero queda despedido.

Y como si el decir esto hubiese sido algo superior a sus fuerzas, mi jefe se recostó con indolencia en su asiento.

Era muy natural. Había faltado a mi obligación, largándome sin pedir permiso a nadie. Allí no solía consentirse que los redactores se tomasen las vacaciones por propio impulso.

Había perdido mi empleo en el «Journal». Tomé la cosa con filosofía, y dando media vuelta salí del despacho de mi director.

Creo que mis compañeros de redacción me saludaron cuando crucé la oficina, pero no respondí a ninguno. Ya en la calle, me dirigí a la estación más próxima del subterráneo. De allí me trasladé a Brooklyn, donde tenía alquilado un pequeño departamento por el módico precio de cinco dólares a la semana. La señora Spencer estaba barriendo el portal cuando llegué.

Al verme se apoyó en la escoba, pero yo continué subiendo los desgastados escalones. No obstante, me detuve al oír que mi patrona me llamaba.

—Oiga, señor Martin. Tiene usted aquí una carta.

—¿Una carta? —repetí con sorpresa.

—Sí. De Los Angeles.

—Démela, por favor.

Del sucio delantal sacó un sobre arrugado y me lo entregó. Miré la dirección:

Douglas Martin
Calle 108, número 53
Blooklyn

Nueva York

Desconocía el carácter de letra, anguloso y enérgico, trazado con una tinta violácea. No cabía error posible ante la exactitud de las señas. Era para mí, por muy rara que la cosa me resultase.

Una vez en mi departamento encendí la luz y colgué mi sombrero en la percha del recibidor, procediendo a continuación a abrir la carta. Así como el sobre era liso, la hoja de papel que contenía iba encabezada por un membrete:

«AGENCIA DE DETECTIVES
BENSON &
C.º

ASUNTOS PRIVADOS

LOS ANGELES».

El pliego iba dirigido a mí y escrito a máquina. Me sorprendió este detalle, teniendo en cuenta que el sobre estaba hecho a pluma.

«Estimado señor Martin:

»Tal vez le sorprenda tanta precaución, pero el asunto que motiva la presente es de suma importancia o, al menos, éste es nuestro parecer.

»Parece haber en Los Angeles ciertas personas muy interesadas en saber cosas de usted y, según creemos, no con muy claras intenciones. Quizá le parezca un poco extraña nuestra conducta al avisarle, pero somos una Agencia honrada y no vemos razón alguna que nos obligue a guardar silencio, pues quienes tanto se interesan por usted no son clientes nuestros en el exacto sentido de la palabra, lo que no nos sujeta a promesa alguna de discreción.

»Tome, pues, sus precauciones y no intente por ningún medio sonsacarnos más detalles. No debemos

decirle más ni tampoco creo que fuese prudente.

»Perdone nuestra vaguedad, pero tenemos razones para no extendemos demasiado. Aprovechamos la ocasión para quedar de usted attos. s. s.
q. e. s. m.

»*J. P. BENSOK*».

Absurdo. Sencillamente absurdo. Ni yo conocía a nadie en Los Angeles ni mi persona podía interesar a nadie más que a mí mismo. Además, toda la carta, de los pies a la cabeza, era un puro cúmulo de contrasentidos. Resulta muy difícil creer que una agencia de información privada —detesto la palabra «detective»— se dedique a traicionar el pacto de discreción absoluta establecido con un cliente, avisando a un individuo que ni siquiera conocen y cuya seguridad personal, lógicamente, ha de importarles un comino.

Leí una vez más la carta y después la guardé en un bolsillo de la chaqueta. Miré el reloj de la repisa. Las seis y media. Tal vez tendría tiempo aún. Me encasqueté el sombrero y bajé rápidamente la escalera.

Había una droguería enfrente y a ella me dirigí. Entré en la cabina telefónica y eché un níquel en la ranura, marcando el número de la Central.

—Número, por favor —pidió la operadora.

—Póngame con la Agencia de Detectives Benson, en Los Angeles. Desconozco el número.

—Deposite quince centavos, por favor. En seguida le daré la conferencia.

Hice lo que pedían y aguardé. No tardaron ni tres minutos en establecer la comunicación con Los Angeles. Tras un chasquido oí una voz masculina que hablaba:

—¿Diga? Aquí la Agencia Benson.

—Desearía hablar con míster J. P. Benson.

—Un momento, por favor; ¿de parte de quién?

—Dígale que de un amigo de Nueva York.

Un corto silencio y después una voz de hombre, que se me antojó suave y untuosa.

—Benson al aparato. ¿Con quién hablo?

—Con Douglas Martin —respondí.

—¿Martin? ¿Martin? —Aquella duda me pareció falsa—. ¡Ah, sí! ¿Qué desea?

—He recibido una carta suya y…

—Comprendo —atajó secamente mi interlocutor—. Debí suponerlo. Creo haberle dicho…

—Recuerdo perfectamente cuanto me ha dicho. Por eso mismo quiero saber a qué atenerme.

—Lo siento, míster Martin, pero nada puedo agregar a cuanto le dije.

Antes de que pudiese replicar, cortaron la comunicación.

Cené en un modesto restaurante propiedad de un italiano, cerca de la calle 108. Después me fui a un cine, donde pasé el resto de la noche contemplando las incidencias insulsas de una comedia sin interés alguno. Salí a las once y cuarto, encaminándome a casa. La preocupación de mi pérdida de empleo había sido relegada a segundo término por el intrigante misterio de aquella carta.

Yo, que siempre había escrito en el «Journal» sobre asuntos misteriosos y casos sensacionales, me veía ahora ante un verdadero enigma, que por añadidura me atañía directamente. ¿Qué clase de precauciones había que tomar y contra quién?

Creo ahora, que cuando llegué ante la puerta de mi departamento tenía la inexplicable impresión de que al abrir iba a encontrar *algo*. No sabía concretamente qué, pero sí algo capaz de orientarme ante tanta indecisión.

En efecto. *Allí estaba*. Y no era nada extraordinario, sino una cosa vulgar y corriente: un telegrama. La señora Spencer me lo había echado por debajo de la puerta. Me agaché y lo cogí. Era de la «Western Union» e iba dirigido a mí. Rasgué el sobre y extraje el telegrama. Lo primero que busqué fue el punto de procedencia. Al leerlo me quedé levemente desconcertado. Era Longville, nombre que no me decía absolutamente nada. Sólo lo que continuaba me ratificó en mi primitiva impresión: Los Angeles, California. Creí recordar que Longville estaba cerca de Hollywood.

Pasé a leer el texto:

«RUEGOLE VENGA URGENTEMENTE. *PUNTO.* ASUNTO VENTAJOSO PARA USTED. *PUNTO.* PUEDE COGER AVION MATINAL. *PUNTO.* SALUDOS AFECTUOSOS. CHRISTOPHER JAGGER, DEL *DAILY STAR*».

Volvía a parecerme absurdo. Si la carta lo era, el telegrama mucho más. ¿Cómo podían conocerme en Longville, y cómo era posible que me avisaran con semejante precipitación, pagándome todos los desembolsos que efectuase?

Me era totalmente desconocido el «Daily Star» de Longville y, por supuesto, aquel Christopher Jagger que tan bien parecía conocerme.

La droguería de enfrente permanecía abierta de noche y desde ella telefoneé al aeropuerto.

—¿A qué hora sale el avión hacia Los Angeles?

—Hay uno a las nueve y media y otro a las dieciséis quince.

—¿Quedan plazas para el de la mañana?

—Hum… No sé. Espere un momento.

Esperé hasta que volvió a coger el auricular.

—Oiga —dijo—. No hay ninguna plaza libre para el de las nueve y media. En el de las dieciséis quince aún queda una.

—Haga el favor de reservármela. A nombre de Douglas Martin.

Prometió reservarla y colgué. Ya iba a salir de la cabina cuando me asaltó una repentina idea. Cogí de nuevo el auricular y eché otro níquel. Marqué un número.

—¿«Journal»? Póngame con el archivo, por favor.

Unos segundos de pausa, después:

—¿Eres tú, Sandy? Soy Doug. ¿Puedes darme alguna referencia del «Daily Star» de Longville, en California?

—¿El «Daily Star»? Espera un momento, chico.

Sandy debió hojear alguna guía periodística, porque casi en seguido volvió a hablar:

—El «Daily Star» es el diario más importante de Longville y ahora ha adquirido notable preponderancia con las elecciones.

—Explícate, Sandy.

—Se trata de las elecciones para la Fiscalía del Distrito. Parece ser que la cosa está revuelta con este motivo. El «Daily Star» es partidario del candidato favorito, Thomas Sturgess, actual fiscal, y el periódico de la oposición es el «City *Post*», que apoya la candidatura de Forrest Cronyn.

—Muy interesante.

—Por lo, visto Sturgess no cuenta con muchas simpatías en la ciudad, pero es, en cambio, quien tiene más probabilidades de

triunfar.

—Gracias por tus informes, Sandy.

—De nada, chico. ¿Encontraste ya trabajo?

—Aun no.

Colgué y salí de la cabina.

Cuando por fin me retiré a dormir, el reloj marcaba las dos menos cuarto.

* * *

Un autobús me trasladó de Los Angeles a Longville.

El autobús cubrió el trayecto en menos de una hora. Así, me encontré en Longville cuando aun no eran las siete y media.

Longville era la típica ciudad californiana. De calles anchas y bien pavimentadas, muy rectas.

La estación del autobús quedaba casi al entrar en la ciudad.

Miré en torno, un poco contrariado por la intempestiva hora de llegada. Estaban regando las calles, y los comercios que alcancé a ver, tenían aún cerradas sus puertas. Bostecé, aburrido. Frente al puesto de aprovisionamiento de los autos vi abierta una cantina, en cuyo escaparate se leía un confortador anuncio de desayunos económicos. Allí fui en derechura.

La sala, espaciosa, estaba desoladoramente vacía.

Me senté cerca de la puerta y deposité las maletas a mis pies. El hombre del mostrador entreabrió los ojos, me miró como a un bicho raro y luego se puso en pie, apelando sin duda alguna a toda su fuerza de voluntad. Avanzó con pasos perezosos hasta llegar frente a mí.

—¿Qué desea? —preguntó con voz ronca.

—Desayunar —respondí.

—Bueno —dijo de mala gana—. Veré si encuentro cualquier cosa en la cocina.

Me trajo huevos con jamón, pan, mantequilla y Café bien cargado. Mientras ingería el refrigerio me fijé en un cartel pegado al fondo del salón. «VOTAD A THOMAS STURGESS», decía al pie de una fotografía del candidato. No me gustó su cara angulosa ni tampoco sus ojos fríos, inexpresivos. El bigote grisáceo completaba tan desagradable impresión.

Salí de la cantina a las nueve menos cuarto. Llamé un taxi que me condujo al centro de la ciudad. No me fue difícil encontrar un hotel bastante aceptable, de precios módicos. Una vez lo dejé todo en orden en mi habitación, me afeité y aseé un poco bajando al vestíbulo después.

Allí compré un paquete de cigarrillos. Me despachó una de esas chicas platino que se encuentran en América a montones.

—¿Sabe dónde está la redacción del «Daily Star»? —le pregunté.

Asintió con una sonrisa artificial.

—Sí. En esta misma calle, frente a la plaza Denham. No tiene más que cruzar tres manzanas y ya verá un edificio moderno, de unos doce o catorce pisos.

Me apoyé sobre el mostrador y la miré sonriendo.

—Parece conocer muy bien la ciudad —dije.

—Ya lo creo —respondió—. Conozco la ciudad…, y muchas otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Los ejemplos tienen un precio —puntualizó.

Puse sobre el mostrador un billete de cinco dólares y lo empujé suavemente.

Ella se apresuró a guardarlo.

—¿Recuerda algo de lo que sabe?

—¿Es usted un detective?

—¿Tengo facha de ello?

—No —confesó—. Parece un buen chico.

—Entonces deseche temores y dígame algo sobre las elecciones.

—¿Le interesa la política?

—Soy yo quien pregunta. ¿Tiene muchas probabilidades de ganar Thomas Sturgess?

—Me temo que resultará reelegido.

—¿*Lo teme*?

—Sí. No es el fiscal más apropiado para el distrito de Longville. Forrest Cronyn cuenta con más simpatías.

—Y sin embargo, creen qué triunfará Sturgess. ¿Por qué?

—Tiene comprada a más de media ciudad e incluso tal vez al Jurado que controlará las urnas electorales. Sturgess nunca juega limpio. Es un completo granuja.

—¿Conoce muy bien al actual fiscal de Longville?

—No mejor que otros. Si pregunta a cualquiera le dirá lo mismo que yo.

—Pero en el «Daily Star» he leído que…

—El «Daily Star» podrá decir lo que quiera. Es el órgano defensor de la candidatura de Sturgess y pretende hacernos creer una sarta de embustes sobre la honradez acrisolada de Thomas.

—Ahora soy yo quien se asombra de sus conocimientos políticos.

—En realidad no sé por qué le he dicho todas estas cosas.

—Muy sencillo: en primer lugar porque te he dado cinco dólares —silencié con un gesto su intento de protesta—, y después, porque eres una chica simpática.

—¿Y nada más?

—Bueno, hay cosas que no es necesario aludirlas.

—¿Por ejemplo? —dijo suavemente, acercando su cara a la mía.

Yo me eché hacia atrás, sonriendo.

—Recuerda que los ejemplos tienen un precio, encanto…

Y me alejé sin dejar de sonreír. La rubia se mordió los labios, despechada, y atendió a un individuo que pedía un paquete de cigarros.

Capítulo II

Fue cosa sencilla encontrar el edificio de la plaza Denham. Sobre los ventanales del primer piso, un letrero indicaba con gruesas letras rojas:

Daily Star

Redacción y Administración

En la planta baja, un portero de librea escarlata algo detonante me preguntó lo que deseaba. Al contestarle que buscaba a Christopher Jagger me indicó el primer piso.

Una inmensa sala donde tecleaban lo menos treinta personas sobre sus respectivas máquinas de escribir, ocupaba casi en su totalidad el piso primero del edificio. Un joven larguirucho y pálido, con visera verde sobre los ojos, me atendió solícitamente. No puedo por menos de pensar que era un periodista de opereta.

—Deseo ver a Christopher Jagger.

—¿Míster Jagger? ¿A quién he de anunciar?

—Dígale que está aquí Douglas Martin.

El descolorido joven desapareció por una puerta de cristales, dejándome solo ante aquel maremágnum de mecanógrafos. Ni siquiera en el *Journal* de Nueva York había visto jamás semejante actividad. Podía ser motivada por la campaña electoral, aunque también podía tratarse de mera escenografía. Casi me inclinaba por esta última impresión.

El periodista de la visera de celuloide apareció de nuevo ante mi vista.

—Míster Jagger dice que le esperaba. Pase usted.

Entré. El despacho de Christopher Jagger era amplio y suntuoso. Demasiado suntuoso para el gerente de un periódico provinciano. Alcancé a ver una mesita supletoria en un ángulo de la estancia, frente a la gran mesa-escritorio de míster Jagger. Una muchacha tecleaba la máquina de escribir.

El individuo alto y corpulento, de impecable traje gris, que se puso en pie al entrar yo, era sin duda alguna el importante Christopher Jagger, Sus pupilas verdosas me examinaron con agudeza profesional, al tiempo que me tendía una mano carnosa y peluda, muy semejante a la de un gorila. Se la estreché sin ningún entusiasmo y me senté a una indicación suya.

—¡Vaya, míster Martin! —exclamó con una vivacidad poco convincente—. Supuse que vendría.

—Supuso bien. ¿No envió el telegrama con ese propósito?

—Desde luego, pero ignoraba si usted…

—No podía dejar de acudir a una llamada de auxilio.

—¿Auxilio? No le entiendo bien, míster Martin.

—No sea tonto. Aunque me dorase la píldora no podría tragármela.

A Jagger le salió bien su ensayo de sonrisa. Se volvió a su mecanógrafa:

—Déjenos solos, Audrey —pidió—. Ya la llamaré.

La joven me miró de reojo tras la cabellera dorada y se puso en pie, recogiendo algunos papeles. Le sonreí y vi que hacía un gracioso mohín. Christopher no nos perdió de vista y creo que no le hizo gracia. Una vez hubo salido la chica, Jagger enlazó ambas manos y se apoyó sobre el tablero de cristal.

—¿Quiere explicarse con más claridad?

—Lo haré, si así lo desea.

—Hable, Martin.

—Ya voy. Ustedes apoyan la candidatura de Thomas Sturgess, o al menos así me consta.

—Cierto.

—Aunque su paladín no es el más apreciado por el pueblo de Longville, se las arreglarán para que sea reelegido. ¿Cómo? Comprando votos favorables y algún otro, factor de más importancia.

—¿Qué insinúa? —Casi gritó Jagger.

—No insinúo nada. Me limito a exponer los hechos tal como tengo entendido que son.

—Continúe.

—Pero aun con todas esas posibilidades cubiertas, todavía no están muy seguros del triunfo. Por eso han recurrido a mí.

El gerente del «Daily Star» soltó la carcajada.

—¿Recurrir a usted? ¿Para ganar las elecciones?

—No, exactamente —repliqué sin inmutarme—. Yo soy sólo uno de esos factores a que antes me refería. Y hay que comprarme para que Sturgess pueda ganar en toda la línea.

—Así pues, ¿cree que depende de usted la victoria de nuestro candidato? —preguntó burlonamente Jagger.

—En efecto, eso creo —afirmé con entera seguridad.

—Le agradecería que se dejase de enigmas y hablase claramente.

—Muy bien —dije, disponiéndome a hablar sin rodeos—. He sido durante tres años redactor del «Journal» de Nueva York. Casualmente me encargaba de una sección que pudiéramos llamar criminalista. Famosos casos y sensacionales procesos, delitos célebres y otros oscuros desfilaban por mi columna diariamente. Mis estudios en Leyes me permitían tratar toda clase de asuntos delictivos, fuesen o no del dominio público. Sin embargo…

Hice una ligera pausa, comprobando que Jagger me escuchaba interesado. Continué:

—Sin embargo, hay a veces casos que resulta preferible silenciar. Personas influyentes, personalidades políticas de la nación pueden también resbalar. La caída, indefectiblemente fatal, se amortigua en lo posible. El público ignora lo sucedido y algún tiempo después, incluso los pocos que conocen el *resbalón* han olvidado ya el asunto. ¿Me va comprendiendo?

—No del todo. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Ya lo verá. Como le decía, nadie o casi nadie, se acuerda del bache sufrido por… aquella persona. Esta continúa su carrera política, destaca por su capacidad o su audacia y se crea un envidiable puesto. Presenta su candidatura a la Fiscalía de un Distrito cualquiera; su nombre no hace el caso. Tiene probabilidades de triunfar sobre su oponente porque cuenta con más simpatías. Es un riesgo que puede combatirse fácilmente, eliminando toda posibilidad de derrota para el otro candidato, y…

—Un momento, míster Martin. Creo que…

—Déjeme acabar. Si alguien surge de repente y desentierra el pasado, sacando a la luz la grave falta cometida y extendiendo a los cuatro vientos la noticia de que aquel político es indigno de confianza porque su vida tiene una mancha vergonzosa… entonces ha perdido toda posibilidad de salir elegido y su rival tendrá el campo libre. Bonito, ¿eh?

Jagger movía sus dedos nerviosamente.

—Es usted un chico listo, Martin —dijo, sonriendo con forzada naturalidad—. Tiene una perspicacia asombrosa.

—Y muy buena memoria —añadí—. Además de un archivo completo.

—Entonces, ¿nos prestará su ayuda? —Y Jagger se puso en pie, jubiloso—. No esperaba menos de usted.

—He dicho que tengo buen archivo. Pero no que lo ponga a disposición de ustedes.

El gerente del «Daily Star» se mostró desconcertado.

—Sí, pero lo que a nosotros nos interesa es que…

—Ya lo sé —corté—. Les interesa que desprestigie a Forrest Cronyn, ¿no es eso?

—Claro. Estamos dispuestos a darle hasta cinco mil dólares…

Debió arrepentirse inmediatamente de lo que había dicho, porque sé mordió los labios.

Me reí burlonamente.

—¡Vaya! Debe ser muy importante para ustedes mi ayuda, ¿verdad?

—Pues… sí —confesó con trabajo Christopher Jagger—. Aseguraría la elección de Sturgess.

Me aproximé amenazador a Jagger, que me miraba indeciso.

—Dígale a Sturgess que…

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

Antes de volverme Hacia el punto de procedencia de aquella voz suave, sabía que me encontraría con el rostro anguloso, de ojos inexpresivos y bigote gris que había visto por la mañana en el pasquín.

En efecto. Embutido en un traje color castaño, sombrero y bastón en mano, Thomas Sturgess nos contemplaba sonriente desde la puerta.

—Hola, Thomas —saludó Jagger, volviéndose al recién llegado —. Entra. Te voy a presentar a míster Douglas Martin, del «Journal» de Nueva York. Martin: le presento a Thomas Sturgess, candidato a la Fiscalía del Distrito.

Sturgess me tendió su mano, que fingí no ver.

—Encantado, míster Sturgess —dije con frialdad.

El candidato retiró la mano y me miró hostilmente.

—Es un placer, míster Martin —replicó a su vez en tono seco—. ¿A qué debemos el honor de su visita a Longville?

Señalé a Jagger.

—Creo que él se lo explicará mejor que yo —observé.

Los ojos inexpresivos de Sturgess buscaron la mirada de su colaborador, que sonrió a la fuerza.

—Verás, Thomas. Es ese periodista de quien te hablé. Es muy inteligente. Sabía, antes de llegar aquí, los motivos por los que le llamábamos.

Ahora Sturgess me examinó con interés. Intentó mostrarse más simpático, pero no tuvo éxito.

—¿Cuál es su respuesta?

Nuevamente Jagger se encargó de contestar por mí.

—Negativa.

Los ojos del candidato centellearon. Me pareció verle entonces como era: duro, peligroso y capaz de avasallarlo todo con tal de conseguir su objetivo. Sin asustarme, sostuve su mirada.

—¿Se pone de parte de Cronyn? —preguntó con una suavidad demasiado marcada para ser cierta.

—Me pongo de parte de lo que es justo —dije.

—Es usted muy altruista —comentó con sarcasmo.

—No más que usted.

—A veces resulta peligroso sentirse demasiado audaz.

Reí silenciosamente.

—¿Llegaron las amenazas ya? No las esperaba tan pronto.

—No es amenaza, míster Martin —negó Sturgess.

—Ya. Se trata de una advertencia amistosa. Conozco el procedimiento.

—Nos juzga muy mal.

—¿De veras? ¿Por qué, entonces, se preocuparon de buscar antecedentes míos en la Agencia de Detectives Benson?

Me llevé un chasco, porque aquel nombre no pareció impresionarles. Christopher Jagger me miró con una ignorancia que me pareció sincera.

—¿Detectives? —preguntó Sturgess—. No le entiendo, míster Martin.

—Alguien se dedicó a averiguar cosas sobre mí en Los Angeles.

—¿Y cree que fuimos nosotros?

—¿No lo fueron?

—¡Pues claro que no! ¿Para qué íbamos a hacerlo?

—No sé. Supongo que con la esperanza de hallar algún secreto mío y poderme tener bien sujeto.

—¿Chantaje? —protestó acaloradamente el gerente del «Daily Star»—. Seríamos incapaces de tal cosa…

Me dirigí hacia la puerta y la abrí. Antes de salir me volví a ambos hombres, que me miraban sorprendidos, y les dije sonriendo:

—Creo que esta vez son sinceros. Hay alguien más en Longville que se preocupa por mí… Pero, eso sí, desengáñense. No cuenten conmigo para la campaña electoral…

Y cerré suavemente. Silbando una canción popular me encaminé a la salida de la redacción.

Una cabellera rubia llamó mi atención. La mecanógrafa de Sturgess buscaba algo en un fichero. Me acerqué a ella.

—¿Busca algo, Audrey?

Se volvió sobresaltada. Al verme sonrió.

—Nada importante. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Recuerde que su jefe lo pronunció en mi presencia.

—Tiene buena memoria.

—Asombrosa cuando se trata de chicas bonitas.

—¿Lo tomo como un cumplido o como una impertinencia?

—Tómelo como quiera. Apuesto a que no me cree un impertinente.

—Le creo un fresco.

—Gracias.

—¿Ha llegado a un acuerdo con míster Sturgess? —me preguntó, variando de conversación.

Contemplé sus ojos oscuros, pero no pude leer nada en ellos.

—¿Usted qué cree? —pregunté yo a su vez:

—Eso no es contestar.

—Ya lo sé. Ni pienso hacerlo.

—Hace mal. ¿No tiene confianza en mí?

—¿Por qué he de tenerla? Apenas la conozco.

—Yo a usted mucho. He leído todos sus artículos del «Journal».

—Ya. ¿Acaso fue por orden de su jefe por lo que se ha repasado toda mi barata prosa?

—Es usted incorregible. ¿No puede hablar sin sarcasmos?

—Lo siento. Pero es mi manera de ser. No me gusta que me utilicen como cebo para pescas de importancia.

—No le entiendo.

—Mejor. Procure seguir siendo una chica inocente y no se mezcle en negocios sucios.

—¿Qué es lo que usted entiende por sucio?

—Lo que no es limpio. Adiós, Audrey.

La dejé con unas ganas tremendas de tirarme algo.

El remolino de la puerta giratoria me dejó en la acera de la plaza Denham. El reloj de una joyería de enfrente marcaba las once y media.

Compré en un quiosco un número del «City *Post*», el adversario del «Daily Star». Casi toda su primera plana iba ocupada por un artículo enalteciendo la figura de Forrest Cronyn. Una foto del candidato encabezaba la página, junto a un llamativo titular.

«Cronyn significa la mejora social de Longville».

Forrest Cronyn me pareció, aun en aquella foto defectuosamente reproducida, un hombre distinguido cuyas facciones, algo ajadas, respiraban cordialidad. La ancha frente parecía aún más amplia a causa de las profundas entradas.

Hasta la hora de comer aun tenía tiempo de efectuar otra diligencia importante: visitar a Forrest Cronyn.

CAPÍTULO III

La residencia era de estilo típicamente californiano y se hallaba al pie de una colina, a no más de dos millas de la ciudad. Una verja rodeaba el jardín, en cuyo centro se erguía la edificación colonial donde habitaba Forrest Cronyn. Despaché el taxi que me había conducido hasta allí y me acerqué a la puerta de la verja.

A la derecha colgaba la cadenita de una campanilla. Sin vacilar, di dos tirones suaves. Un tintineo metálico resonó allá, en el interior de la casa.

No tardó mucho en salir una figura inconfundiblemente femenina que cruzando el enarenado sendero, se aproximó a la verja y me miró inquisitiva. Era una doncella y bastante joven.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Ver a míster Cronyn —respondí brevemente.

—Lo siento, pero…

—Sí, ya sé. Está muy ocupado. Conozco la excusa. Y no me hace ningún efecto.

Saqué del bolsillo una tarjeta y tracé unas líneas a lápiz. Luego se la tendí a través de los hierros de la puerta.

—Dele esto. Me recibirá en seguida.

Con gran descaro leyó la tarjeta y movió dubitativamente la cabeza.

—No sé si podrá recibirle —insistió—. Está preparando el discurso electoral y… Compréndalo.

—Comprendo muchas cosas. Una de ellas, que su obligación es llevarle esa tarjeta sin hacer comentarios.

Me miró airada, dispuesta a replicar, pero debió advertir mi gesto decidido y acabó encogiéndose de hombros.

—Está bien, pero sigo creyendo que no logrará nada…

Se alejó hacia la casa sin dejar de murmurar palabras de duda a las que no hice el menor caso. Estaba acostumbrado a tropezar con sirvientes tercos y sabía bien cómo tratarlos. Para un periodista todos los obstáculos resultan débiles, y yo era, aunque despedido, un periodista.

Cuando la doncella volvió, sabía ya de antemano que Cronyn iba a recibirme. Sin decir palabra abrió la puerta.

—Entre. Míster Cronyn le recibirá en seguida.

Me fijé que aquella muchacha tenía un rostro demasiado severo para su edad. Tal vez no pasase de los veinticinco, pero aparentaba más de treinta. No llevaba pintura o maquillaje alguno. Pensé lo atractiva que estaría sin aquel peinado liso, tan poco juvenil, y con algo más de color en el semblante.

No le sentó bien mi examen. Me miró enfadada y señaló la casa.

—¿No tenía tanto interés en ver a míster Cronyn? Le está esperando.

—Puede esperar —respondí—. Estaba pensando que es usted una chica guapa.

Sentí frío al notar lo glacial de su mirada.

—Ahórrese piropos —dijo secamente.

—A todas las chicas de veinticinco les gusta —comenté, echando a andar por el sendero.

La doncella, que me precedía, se detuvo y volvió la cara.

—¿Por qué cree que tengo esa edad? —inquirió.

—No sé. Supongo que porque lo aparenta.

—Está mintiendo y no se lo agradezco. Represento muchos más.

—Si usted lo dice… —Y continué andando.

Ninguna otra palabra cruzamos hasta llegar a la casa. Entré en un vestíbulo amplio, decorado con gusto exquisito. Una escalera de mármol, arrancando a la izquierda del salón, conducía al único piso del edificio. A la derecha vi una puerta abierta en cuyo umbral un hombre de elevada estatura, en batín de casa, me esperaba con cortés sonrisa. No me costó trabajo identificarle como Forrest Cronyn, aunque su rostro estaba más envejecido que en la foto del «City *Post*».

Me aproximé a él con paso lento. Realmente, su porte era de una distinción aristocrática y todo él transpiraba nobleza, cordialidad. Sentí indignación al recordar la proposición de Jagger.

—¿Míster Martin? —preguntó.

—Él mismo. ¿Míster Cronyn? —pregunté yo.

—Sí. Pase; por favor —invitó.

Entré en un saloncito-biblioteca donde predominaba igual buen gusto que en el vestíbulo, tanto en decoración como en mobiliario. Algunos óleos de firmas prestigiosas colgaban de las paredes. Ante una chimenea, apagada entonces, había dos sillones y una mesita redonda con una bandeja sobre la que vi dos copas y una botella de *whisky*. Al lado, un sifón. Me di cuenta de que tenía sed.

—Siéntese, míster Martin —invitó, señalando uno de los sillones.

—Gracias —dije, tomando asiento.

Cronyn se acercó a la mesa y echó *whisky* en ambos vasos.

—¿Solo o con soda? —preguntó.

—Con soda.

Cumplió mi indicación y me tendió un vaso. Él se lo sirvió con soda.

—¿Y bien? —dijo Forrest Cronyn, dejando también la copa vacía en la mesa—. ¿Cuál es el motivo de su visita? En la tarjeta me decía que era algo importantísimo relacionado con las elecciones.

—En efecto.

—¿Qué es?

—Verá. Soy periodista. Me encargaba de una sección en el «Journal» de Nueva York. Hice una estupidez y me pusieron en la calle. Entonces recibí un telegrama de Longville solicitando mi presencia aquí. Llego y me dirijo en derechura a la persona que me ha llamado. No es mi labor profesional la que interesa, se trata de que aporte el cebo para una pesca importante. Alguien que estorba ha de ser eliminado mediante mi ayuda. Yo puedo cobrar, de momento, hasta cinco mil dólares por mi tarea. ¿Me va comprendiendo?

—No.

—Es igual. Ya verá claro más tarde. Como decía, creen que con esos cinco mil pueden deslumbrarme y tenerme bajo sus órdenes para llevar a buen término su proyecto. Éste es claro y sencillo: difamación.

—Espero que entenderé al fin algo de lo que dice —sonrió Cronyn. Cogiendo la botella de *whisky* me miró interrogativo—. ¿Más licor?

—No. A veces resulta peligroso conducir un coche en estado de embriaguez…

La botella se estrelló contra el suelo derramando su contenido. Cronyn, mortalmente pálido, me miraba con auténtico miedo.

—¿Qué… ha… dicho? —Silabeó dificultosamente.

Creí innecesario repetir mis palabras. Observé las manos temblorosas del candidato. La sonrisa se había borrado de su rostro.

—Ahora ya comprende. Vine para eso.

El temor fue substituido por la cólera. Se puso en pie, y acercándose a mí, me cogió por las solapas, levantándome como una pluma.

—¿Chantaje? —dijo, iracundo—. ¿Es lo que pretende?

Me desasí suavemente de su presión y sonreí.

—No diga tonterías. Siéntese y recobre la calma. No soy un chantajista.

—Si no es un chantajista, ¿a qué ha venido?

—He venido a ayudarle.

—Hable.

—Thomas Sturgess no está seguro de poder triunfar limpiamente. Entre él y Jagger, del «Daily», planearon esta conspiración que tenía como finalidad eliminarle a usted como candidato. Ignoro por qué medio se enteraron de que usted, hace algún tiempo, fue víctima de un desgraciado accidente. Se embriagó en una fiesta familiar, y al regresar en automóvil a su casa chocó con otro coche. Mató a los ocupantes de éste y usted resultó herido de consideración. De haberse hecho público aquel desdichado asunto su carrera política habría sufrido grave quebranto. La Policía silenció el accidente, y la Prensa nada dijo. Pero yo, como reportero de la sección dedicada a éstos y parecidos casos, me enteré de cuanto ocurrió e incluso obtuve a buen precio una placa que un fotógrafo inteligente pudo tirar en el lugar del suceso sin que lo advirtiese nadie. Siempre he tenido gran afición a los archivos y poseo uno completísimo donde guardo asuntos conocidos y otros que jamás han visto la luz. Allí estaba el suyo, con una fotografía donde se le veía a usted, herido, en el interior del coche y con traje de etiqueta, junto al otro automóvil. Imagínese los resultados si ahora, en plena campaña electoral, se lanza contra usted la acusación de que es indigno de la Fiscalía del Distrito. ¿Qué puede

esperar la ciudad de un fiscal que se embriaga y conduce en este estado? Todos pierden su confianza en usted y votan a Thomas Sturgess. El «Daily Star» publica una fotografía vergonzosa en primera plana, así como abundantes pruebas que fundamentan la acusación. Yo cobro mis cinco mil dólares, regreso a Nueva York y no me vuelvo a preocupar de Longville ni de su fiscal. Pero soy tan tonto que me niego en redondo.

—¿Por qué se niega? Es un buen negocio.

—No me gustan los buenos negocios —sonreí.

Extendió su mano a través de la mesita que nos separaba y volvió la cordialidad a su rostro.

—Perdone mi actitud de antes —pidió sinceramente—. Ignoraba sus propósitos… y temí lo peor.

—Es natural.

—Es usted un buen chico, Martin.

Reí alegremente.

—¿De qué se ríe? —quiso saber Cronyn.

—No, nada. Es usted la segunda persona que me dice hoy eso —confesé, recordando a la rubia del hotel.

—Y soy sincero. Usted no me conocía. Pudo haber ganado una bonita suma sin trabajo alguno. Ahora, tal vez ni siquiera perciba los gastos de viaje.

—Acertó. Eso es exactamente lo que me ocurre.

—Por idealista —rió Forrest Cronyn—. Sin embargo, aun existe la posibilidad de que su viaje a Longville no haya sido lo improductivo que usted piensa.

—No veo cómo.

—Yo sí. Por algo soy el alma financiera del «City *Post*».

—¿Quiere decir qué…?

—Qué entrará usted a formar parte de nuestro cuerpo de redactores. ¿Le complace la idea?

—No —repuse con firmeza, poniéndome en pie—. No he venido aquí a prestar un favor a cambio de otro. Me las arreglaré sin ayuda para volver a Nueva York y buscar trabajo.

Cronyn también se levantó.

—Hace un momento le creí inteligente, Martin.

—A veces hasta yo mismo dudo de que lo sea.

—No se porte como un chiquillo y escúcheme. No se trata de un

magnánimo rasgo de agradecimiento. Necesitamos en el «*Post*» un reportero joven, activo y sagaz, con experiencia de estas cosas. Usted viene de Nueva York y, además, es listo. Se nos presenta una ocasión única. Imagínese la categoría que adquiere el periódico al contar con una firma neoyorquina.

Sonreí al notar los esfuerzos de Forrest Cronyn para emplearme en su diario. Verdaderamente, sería ridículo poner reparos a una proposición honrada y sincera. Al menos ganaría el dinero sin chantajes ni complots en mi propia profesión. Recordé con rabia la oferta innoble de Christopher Jagger y tomé mi decisión.

—Acepto —dije sencillamente.

—Me alegro, Martin. Seremos buenos amigos. Y conste que no pienso exigir a su pluma una defensa de mi candidatura. Si así lo desea, puede prescindir de hablar de las elecciones.

—Al contrario. Me gustará dar una buena paliza a Sturgess… aunque sea desde el periódico.

Cronyn pulsó un timbre situado en la mesita. A la llamada acudió la doncella, que aguardó instrucciones.

—Coloca un cubierto más en la mesa, Nelly —ordenó Cronyn—. Míster Martin se queda a comer con nosotros.

—No se molesten —intervine—. Comeré en el hotel. Me desagrada pagar la cuenta sin haber comido allí. Le agradezco la invitación, pero además prefiero volver a la ciudad porque he de hacer varias cosas. Otro día será.

—Bien, Martin, como usted quiera. Le hubiese presentado a mi esposa e hija.

—Déjelo para otra vez. Le prometo venir esta misma semana.

La doncella se retiró. Tendí la mano a Cronyn.

—Buenos días, míster Cronyn. Y gracias por el empleo.

—Le debo mucho más de lo que le doy, Martin. Hasta otro día. No se olvide pasar esta tarde por el «City *Post*». Podrá hacerse cargo de su puesto.

—Así lo haré. No se moleste en acompañarme, conozco el camino.

Cronyn me acompañó hasta la puerta de la casa. Crucé el jardín, abrí la puerta de la verja y salí a la carretera en el mismo momento en que un lujoso «Packard» negro, abierto, se detenía ante la residencia. Conducía una joven de notable semejanza con Forrest

Cronyn. En el departamento posterior iban una señora de edad mediana y un joven de cutis tostado por el sol californiano. Imaginé que las dos mujeres eran la hija y la esposa del candidato a fiscal. Más tarde supe que el joven moreno era Melvyn Adams, prometido de la joven.

Tardé bastante tiempo en encontrar un taxi libre que me llevase a Longville, pero al fin pude llegar al hotel, muy cerca de las dos.

Quedaban pocas personas en el comedor. Tenía escaso apetito y me di por satisfecho con un poco de sopa y pescado. Sin esperar a los postres me levanté y salí al vestíbulo, con dirección a la sala de lectura.

El conserje me hizo una seña, lo cual me sorprendió bastante. No esperaba novedad alguna.

—Tiene una carta —dijo cuando me acerqué al mostrador. Buscó en el casillero y me entregó un sobre—. Lo trajo un muchacho del «Daily».

Llevaba el membrete del «Daily Star». Rasgué el sobre y saqué una hoja de papel, escrita apresuradamente a mano. Su contenido era tan breve como singular.

«Apreciado míster Martin:

»No pretendo disculparme por mi oferta de antes, que sigue todavía en pie por si usted lo piensa mejor. Pero ahora se trata de otro asunto importantísimo que no admite demora. Le espero en mi casa esta misma tarde a las cinco. Le prometo formalmente que ahora es algo muy distinto. *Necesito su ayuda*. Confío en que acudirá a mi llamada y no tendrá que arrepentirse.

»Su amigo,
»*Thomas Sturgess*».

«*P. D*—. Que nadie se entere de esto. Ni siquiera Christopher Jagger».

Ni siquiera Christopher Jagger. ¿Qué podía desear de mi candidato

y que ni aun su amigo Jagger debía saber? Tal vez hubiese acogido con escepticismo todo el contenido de la carta, pero su último párrafo me intrigaba, y quería conocer los motivos de tanta reserva.

Me prometí a mí mismo acudir a las cinco a la extraña cita.

En la sala de lectura del hotel no había más que un viejo con aspecto de notario o algo semejante, que leía una revista científica.

Un montón de diarios atrasados reposaban en una mesita arrinconada. Me senté allí y los fui repasando uno por uno. Había números del «City *Post*» y el «Daily Star», lo cual facilitaba mi tarea.

Treinta minutos más tarde me había hecho una composición de lugar bastante exacta sobre la lucha electoral.

Deducíase a las claras, después de leer unas y otras reseñas, que Sturgess era el predilecto de la campaña, no por simpatías entre la ciudad, sino más bien debido a su brillante carrera política y su superioridad como abogado.

Cronyn siempre fue más oscuro, aunque en los pocos años que llevaba residiendo en Longville habíase ganado el afecto de muchos ciudadanos que no por eso adquirieron mayor confianza en sus cualidades como abogado.

A la semana siguiente empezaba la votación pública, y si nada acontecía, Thomas Sturgess estaba llamado a seguir siendo fiscal del Distrito de Longville. Tal vez las simpatías personales pudiesen influir en la decisión de los votantes y entonces el resultado sería problemático. Sturgess debió prever esta posibilidad —demasiado remota, a mi juicio— y quiso evitar una posible derrota apelando a mi ayuda.

Sin embargo, ¿era lógico dar semejante paso, que encerraba a todas luces un riesgo muy grande, con el solo fin de contrarrestar un factor de muy problemática realidad?

Decididamente, no. Debía haber otro motivo más importante que impulsase a un hombre de prestigió como Sturgess a llamar a un periodista con el propósito de tirar al lodo el nombre y la reputación de Forrest Cronyn.

Si lo había, únicamente podía ser uno: *la existencia de algo que, si se hacía público, podía perjudicar su situación*.

En un caso así resultaba ya completamente lógico que él recurriese a un medio igual para oponerse al posible peligro.

Pero también todo esto podían ser hipotéticas apreciaciones

mías, con el exclusivo fin de retorcer las cosas más de lo que estaban para hallar un resultado satisfactorio que por cierto no veía por parte alguna.

Dando un suspiro de cansancio me levanté y salí del salón de lectura.

CAPÍTULO IV

—¿Está el director? —pregunté a la muchacha qué me recibió en el antedespacho de la Dirección del «City *Post*».

—¿A quién anuncio, por favor? —solicitó ella.

—A Douglas Martin.

La chica se sorprendió y su mirada reflejaba interés al examinarme de pies a cabeza.

—Pase, míster Martin. Mac Donald le espera —indicó, sonriendo de un modo muy atractivo. Correspondí a su sonrisa y me dirigí al despacho del director.

El hombre que se levantó al entrar yo era un tipo vulgar, sin nada destacado en toda su persona.

—¿Míster Martin? —preguntó innecesariamente, tendiéndome su mano a través de la ancha mesa—. Soy Lee Mac Donald, director-gerente del «City *Post*». Siéntese.

Me acomodé en una blanca butaca, frente a Mac Donald, que me estudiaba con muy poco disimulo.

—Bien, míster Martín. Usted dirá.

—Usted es quien tiene que decirlo todo —respondí escuetamente.

Se echó a reír.

—Está bien, Martin —dijo—. No nos andemos con rodeos. Míster Cronyn me llamó esta mañana y me habló de usted.

—Sí.

—Y me lo explicó detalladamente todo.

—¿Por teléfono?

—Claro que no. Envió una carta por medio de su doncella.

—Que usted habrá destruido.

Lee Mac Donald me miró sonriendo.

—Es usted previsor.

—Soy prudente —repliqué.

—Esté tranquilo. Quemé la carta en cuanto leí su contenido.

Hizo una pausa y abrió un cajón de su mesa, extrayendo una placa de metal plateado que me alargó. Después me ofreció una tarjeta de cartulina azul con el nombramiento de redactor del «City *Post*».

—Ya pertenece usted a nuestro periódico, Martin —sonrió, estrechando de nuevo mi mano.

—Gracias, jefe —repuse—. Puede llamarme Doug, Así me llaman mis amigos.

—Cuénteme entre ellos, Doug —dijo mientras abría el dictógrafo. La voz de la joven de la antesala brotó del aparato y Mac Donald ordenó—: Dígale a Carter que venga.

Cerró el dictógrafo y se volvió hacia mí.

—Carter es nuestro mejor reportero. Un buen chico. Le presentaré a él. Creo que serán buenos amigos.

Momentos después entraba en el despacho un joven cuya edad no excedería de veintitrés años. Era de corta estatura, delgado y vivaz, con unos movimientos ágiles que daban idea del dinamismo encerrado en aquel cuerpo inquieto. Su rostro, más bien feo, rebosaba simpatía, cordialidad. Sin saber por qué me resultó agradable desde el primer momento.

—¿Me llamaba, jefe? —preguntó, pronunciando las palabras a una velocidad de vértigo.

—Sí, Carter. Hoy ha ingresado en el «*Post*» un nuevo redactor —y mirándome, agregó—: Le presento a Douglas Martin, que pertenece ya a nuestra redacción.

Carter volvió la cabeza con curiosidad. Sentí su mirada aguda recorriéndome de pies a cabeza. Una amplia sonrisa distendió sus labios y me tendió la mano, pequeña y ágil como todo él.

—Encantado, chico. Me llamo Kent Carter, y desde hoy puedes considerarme a tu disposición.

No pude por menos de sonreír también y apreté con verdadero calor la diestra de Carter.

—Algo semejante es lo que puedo decirte yo —repuse—. Llámame Doug. Me gusta más que Martin.

—¿Quiere empezar ya a trabajar?

—Si es igual —respondí—, preferiría empezar más tarde. Ahora he de hacer una visita importante. Tengo que ver a Thomas Sturgess. ¿Saben ustedes dónde vive?

Ambos hombres me miraron extrañados, tal vez preguntándose para qué quería yo ver a Sturgess. Fue Carter quien me informó:

—General Grant, 197 —dijo, sin dejar de mirarme fijamente.

Sonreí.

—Vamos, no pongan esas caras. Es un asunto particular que no tiene que ver con el diario y es posible que ni siquiera con las elecciones. Hasta luego.

Encontré un taxi y le di la dirección de Thomas Sturgess.

El trayecto fue corto. La calle General Grant era una ancha avenida bordeada de árboles que cruzaba transversalmente la ciudad de extremo a extremo. El número 197, situado aproximadamente en el sector central de la avenida, era un edificio de construcción muy moderna, únicamente con dos pisos. A la puerta de entrada daban acceso tres escalones, y en el mismo dintel de la puerta, a la izquierda, vi una plaquita negra con letras doradas: «Thomas Sturgess. Primer piso».

Cada piso tenía dos puertas; una a derecha y otra a izquierda, pero pronto comprobé que ambas correspondían al mismo piso, es decir, al de Sturgess. Pulsé el timbre en una de ellas y aguardé.

Nadie acudió a abrirme e insistí. Entonces me di cuenta del posible motivo de que no me atendiesen. El timbre no sonaba. Al pulsarlo por tercera vez pude notar que no resonaba ningún timbrazo en el interior.

Tal vez el de la otra puerta sí funcionase. Me acerqué a ella y apoyé el dedo sobre el botón del timbre. Ocurrió algo singular. A la leve presión de mi índice la puerta se entreabrió.

Perplejo, me detuve presa de indecisión. Resultaba extraño que Sturgess dejase la entrada franca.

Empujé la puerta hasta abrirla totalmente y me aventuré a entrar, cerrando tras de mí.

El recibidor estaba a oscuras. Pude ver al fondo una puerta semiabierta por la que se filtraba la luz del día. Crucé el recibidor y franqueé la puerta.

Recorrí con la mirada toda la estancia, hasta que atrajo mi atención algo olvidado sobre un sillón. Me acerqué y, sin tocarlos,

examiné de una ojeada los guantes de piel siena, inconfundiblemente femeninos.

Mirando en torno mío llamé con voz fuerte, pero suave:

—¡Míster Sturgess! ¡Míster Sturgess!

Nadie respondió. El piso parecía estar vacío. Consulté mi reloj de pulsera: eran las cinco y siete minutos. Lógicamente, Sturgess debería estar esperándome. Todo aquello era muy raro.

Atravesé el saloncito entrando en otra estancia que era sin duda el despacho del candidato. Una alta estantería abarrotada de libros cubría la pared izquierda. Frente a la puerta, una gran mesa de trabajo en la que reinaba pulcro orden. Varias carpetas a un lado y un montón de hojas cuidadosamente apiladas a otro, daban idea del espíritu minucioso de Sturgess. Pasé por alto otros detalles atraída mi vista por algo que, en medio del orden reinante, detonaba de un modo violento. Un tintero de vidrio esparcía sus trozos por el suelo en torno a un charco de tinta roja.

Procurando no pisar los fragmentos me acerqué a la mesa. Me detuve al ver caída, junto al asiento de Sturgess, una lámpara portátil de metal plateado. La bombilla Se había roto al chocar con el pavimento y el vidrio crujió bajo mis zapatos.

Allí ocurría algo singular. No pude por menos de observar que la silla giratoria de la mesa-despacho estaba situada de frente a una pequeña puerta de cristales.

Mi menté trabajaba a alta presión. Crucé de dos zancadas la estancia y empuñé el tirador de la puertecilla, tirando hacia mí suavemente. Era un pequeño lavabo embaldosado en blanco, muy limpio y coqueto. Pero la albura de las baldosas aparecía ahora salpicada de rojo. Y esta vez no era de tinta; *era sangre*. Sangre de Thomas Sturgess, cuyo cuerpo yacía, hecho un ovillo, en el suelo del lavabo.

Cerré la puerta y volví con paso lento al saloncito extremando las precauciones para no pisar el tintero roto ni alterar nada de como estaba. Sobre una mesita del salón vi un teléfono. Descolgué el auricular.

—¿Número, por favor? —pidió la telefonista.

—Póngame con el «City *Post*» —respondí.

Al oír el chasquido que establecía comunicación hablé apresuradamente.

—¿Oiga? Que se ponga en seguida Kent Carter. Es urgentísimo. Soy Douglas Martin.

Aguardé con impaciencia unos momentos. Al fin oí la voz trepidante de Carter que me interpelaba:

—¿Algo de particular, Doug?

—Sí, y mucho. A Sturgess le han dado pasaporte para sitio desagradable.

Las palabras de Kent Carter brotaron con un gracioso tono agudo que daba idea, de su excitación.

—¿Qué diablos dices? ¿Te refieres a…?

—No digas nada por teléfono, Kent. Informa a Mac Donald. Un candidato a la fiscalía se ha ido al demonio. Eso basta.

—Pero oye, Doug, ¿dónde estás ahora?

—En el piso de Sturgess —respondí—. Avisaré a la policía.

—¡No seas loco, chico! —gritó—. Vete de ahí y que se las apañen ellos solos. Recuerda que eres del «City *Post*» y podrías verte metido en un buen lío.

—Lo siento, Carter. Gracias por el consejo, pero no lo sigo —y colgué mientras el reportero continuaba hablando sin freno.

Volví a coger el auricular y pedí el número de Forrest Cronyn. Una voz femenina preguntó:

—¿Diga?

—¿Está míster Cronyn?

—No; espero que no tardará en llegar. ¿Puede decirme a mí lo que sea? Soy su hija.

—Sí, ya lo suponía. Lamento no poder decirle nada; es estrictamente personal. Buenas tardes.

La siguiente llamada fue para la policía.

—Con el inspector-jefe, por favor —pedí, una vez establecida la comunicación.

Unos instantes de silencio. Luego:

—Aquí el teniente Kendall. ¿Qué desea? —dijo una voz pastosa y enérgica.

—Soy periodista del «City *Post*». Estoy en casa de Thomas Sturgess. Han matado a Sturgess.

—Oiga, amigo, si está borracho vaya a dormir la mona… —rugió el policía.

—No haga el tonto, teniente —repliqué, enfadado—. Es la pura

verdad. El cadáver está en el lavabo, con dos balazos en plena frente. Si no me cree, váyase al diablo —y colgué con brusquedad.

No pasaron diez segundos sin que el timbre del teléfono repicase.

Atendí la llamada, seguro de su procedencia.

—¿Qué hay? —pregunté.

La voz del teniente Kendall sonó otra vez en el teléfono.

—¿Está míster Sturgess?

—Escuche, teniente —repliqué, ya malhumorado—. Puede ahorrarse preguntas y venir a verlo con sus propios ojos. Me llamo Douglas Martin y pertenezco al «City *Post*». He sido yo mismo quien le ha llamado hace un momento. Conque déjese de comprobaciones inútiles y venga a ver lo ocurrido.

—¿Está realmente muerto?

—No. Tiene dos balazos en la sien, pero está afeitándose y encantado de la vida —gruñí ásperamente, cortando definitivamente la comunicación.

El saloncito tenía una puerta lateral, además de la que conducía al despacho. Comunicaba con una estancia cuya naturaleza no pude definir de momento por estar corridos los gruesos cortinajes. Crucé la habitación oscura y, tanteando en la pared, encontré el cordón que movía las cortinas de las ventanas. Con una leve sacudida, la luz diurna tuvo libre entrada en la estancia a través de dos ventanales rectangular. Me iba a volver para examinar el lugar, cuando una voz femenina me detuvo en seco:

—¡No se mueva o disparo!

Instintivamente alcé los brazos. No había humorismo ni broma en aquella orden seca y tajante.

Me volví lentamente y lancé una exclamación de sorpresa.

—¡Usted!

Era Audrey, la rubia mecanógrafa del «Daily». Empuñaba una automática con mano firme y pude ver su rostro pálido bajo el dorado de sus cabellos.

—¿Me conoce? —inquirió la joven—. ¿Quién es usted?

—Soy Douglas Martín, ¿recuerda?

El arma vaciló entre sus dedos y abrió la boca, atónita.

—¡Míster Martin! ¿Usted ha sido capaz de… asesinarle?

—¿Asesinar a quién?

—De sobra sabe a quién me refiero.

—Creí deducir por sus palabras que fue usted —repuse fríamente.

—¿Yo? —Se echó a reír sin ninguna naturalidad—. ¡Nadie creerá eso! Soy incapaz de matar a nadie. Pero le entregaré a la policía, y…

—La policía está camino de esta casa, preciosa. Yo la he llamado. Ya veremos si ellos piensan como usted cree.

Bajó el arma y se acercó a mí con una expresión de miedo en sus ojos.

—Pero si usted no fue, ¿quién lo hizo? —preguntó, excitada.

Con la mano hice un ademán hacia su pistola.

—Parece lógico que sea usted. Incluso tiene el arma del crimen.

Soltó la automática como si fuese un hierro candente. Después me miró aterrada y cogiéndome por las solapas me interpeló con furia:

—¡Usted sabe que esa pistola no es mía! —chilló—. ¡La encontré en el salón, donde usted la tiró después de matarle! ¡Ahora quiere culparme a mí…!

La sujeté por los brazos con fuerza y la sacudí enérgicamente.

—¡Vamos, no sea chiquilla! —dije con rudeza—. Yo no maté a nadie ni quiero culparla a usted. Confíe en mí y yo confiaré en usted. Es lo mejor que podemos hacer en estas circunstancias.

—Está bien, Martin —accedió con dulzura—. Perdone. Tengo los nervios deshechos. Cuando le vi entrar en esta habitación creí que era el asesino.

—¿Ha visto… lo del lavabo?

—Sí. Es horrible. Cuando llegué… ya estaba…

—¡Calle! —interrumpí bruscamente—. ¿No oye?

Audrey prestó atención. En su gesto de pánico noté que también oía el aún lejano ulular de la sirena policial.

—¡La policía! —gimió, apretándose contra mí.

—Sí, no se asuste. Es preciso que me escuche. ¿Cuánto hace que llegó usted aquí?

Vaciló antes de contestar:

—Unos veinte minutos…

—Bien. Espero que no me engañe. ¿La vio entrar alguien?

—No, creo que no. Al menos yo no vi a nadie.

—Óigame bien, Audrey. *Usted ha venido a casa de Sturgess*. No se separó de mí en ningún momento. Entramos en el piso a las cinco y minutos. Sturgess nos había citado y vinimos a verle. Hemos encontrado su cadáver en el lavabo. Usted no sabe *nada* y yo tampoco.

—Pero…

—Déjeme hablar. Nos quedan pocos segundos. Nos hemos encontrado usted y yo a las cuatro y media en la plaza Denham y vinimos juntos hacia aquí. No nos separamos uno de otro *en ningún momento*. Hemos llegado paseando tranquilamente para hacer tiempo hasta las cinco, hora en que estábamos citados con Sturgess. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí, pero eso es falso…

—Ya lo sé. Sin embargo, es nuestra coartada. Usted me la confirma a mí y por igual razón, yo a usted. Si no nos hemos separado en todo este tiempo no hemos podido *matarle ninguno de los dos*, a no ser en complicidad. Y eso sería *mucho más difícil* de demostrar.

La sirena de la policía se acercaba vertiginosamente. Debían estar ya a poca distancia de la casa. Me agaché y cogí la automática que Audrey tiró. Comprobé que le faltaban dos balas al cargador y que no habían sido disparadas hacía mucho tiempo. Con mi pañuelo borré cuidadosamente toda huella que pudiese haber. Tal vez estaba destruyendo importantes pruebas —si es que el asesino fue tan cándido como para actuar sin guantes—, pero era preciso evitar todo indicio que pudiese hacer recaer las sospechas sobre Audrey.

—¿Dónde la encontró? —le pregunté.

Señaló hacia el salón.

—Allí. Tirada junto a la mesa.

Corrí al salón y, siempre protegiendo la mano con el pañuelo, deposité el arma donde Audrey la había encontrado. La sirena se silenció y oí voces autoritarias ante la casa. La policía había llegado.

Casualmente me fijé nuevamente en los guantes de piel abandonados en un sillón contiguo a la mesa.

La joven se acercó a mirarlos.

—No he traído guantes. Estamos en verano, Martin —me recordó. Sin decir palabra y fingiendo no ver su expresión intrigada, cogí los guantes y los guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Dos recios golpes sonaron en la puerta del piso, seguidos de una voz enérgica:

—¡Abran, en nombre de la Ley!

—Recuerde, Audrey —dije, yendo hacia el recibidor—. Hemos venido juntos. Y no sabe usted nada.

CAPÍTULO V

El recibidor fue invadido por siete u ocho policías uniformados en cuando abrí la puerta. Todos ellos empuñaban sus revólveres, como si fuesen a una batalla de *gangsters*. Al frente de la fuerza iba un hombre fornido, de aspecto enérgico, vestido de paisano. Me mostró una placa metálica.

—Teniente Kendall, de la Policía —se presentó—. ¿Fue usted el autor de la llamada?

—Sí. Pero pueden guardarse la artillería, muchachos. No están aquí Al Capone ni Dillinger.

Entraron en tropel en el saloncito y se pararon sorprendidos contemplando a Audrey, que, pálida pero tranquila, les miró sin vacilaciones.

—Si esta chica es un cadáver, yo debí morirme hace un siglo —exclamó un agente.

—¡Silencio! —Gruñó el teniente—. ¿Quién es usted y qué hace aquí? —interpeló bruscamente a Audrey.

—¿No cree que debería ver primero lo ocurrido y luego interrogar? —sugerí burlonamente.

El policía me miró con escasa simpatía y luego sus ojos se fijaron en la pistola caída junto a la mesa.

—¿Qué es eso? —dijo, agachándose.

—Una pistola —respondí.

—¡Ya lo sé! ¿Es de ustedes?

—No usamos armas de fuego. Estaba ahí cuando llegamos —vi que iba a cogerla sin precaución alguna, y agregué con intención—: No quise tocarla por si habían huellas dactilares.

Retiró la mano como si la pistola se hubiese convertido de pronto en un áspid. Extrajo un pañuelo, envolvió cuidadosamente el

arma sin tocarla con los dedos y la guardó en un bolsillo de su americana. Luego se puso en pie y miró a sus hombres.

—No os necesito aquí. Largaos y guardad abajo la entrada. No dejéis salir ni entrar a nadie. Tú, Marsh, y tú, Bill, quedaos aquí conmigo.

Sólo dos agentes quedaron en el salón con el teniente; éste se volvió hacia mí y me estudió con mirada incisiva.

—¿Usted es Douglas Martin? —preguntó.

—Sí.

—¿Del «City *Post*»?

—Sí.

—Pero usted no es de aquí.

—Soy de Nueva York. Escribía en el «Journal». Pero vine aquí.

—¿Por qué?

—Razones particulares.

La mirada de Kendall giró hacia Audrey maliciosamente.

—¿Qué clase de razones? —puntualizó.

—No las que usted se imagina, teniente. Ahora, ¿quiere que le muestre el lugar dónde está el cadáver de Sturgess?

—Está bien. Acompáñenos —se dirigió a Audrey—: Usted puede quedarse aquí. Bill la acompañará, Marsh, ven con nosotros.

Conduje a Kendall y a su subordinado hasta el despacho de Sturgess. El teniente pareció muy interesado por el tintero roto y la lámpara caída.

—Debió haber lucha —comentó en voz alta, expresando su pensamiento. Después miró en torno—. ¿Dónde está el lavabo?

Señalé la puerta de cristales. Kendall se aproximó a ella y abrió. Pareció vivamente impresionado ante él cuerpo encogido de Thomas Sturgess, en cuya frente aparecían dos orificios de donde había brotado sangre negruzca, ahora coagulada sobre su rostro lívido y crispado.

—Es horrible —musitó Kendall. Me miró pensativo—. Parece usted muy tranquilo, Martin. ¿Está acostumbrado a ver estas cosas?

Asentí con leve movimiento de cabeza.

—Era reportero criminalista en el «Journal» de Nueva York. He visto cuadros mucho peores.

—¿Y qué opina usted de esto?

—Aun no opino nada. Pero salta a la vista que es un asesinato.

—¿Por qué?
—Simple lógica. Él está *aquí*, muerto, y la pistola estaba *en el salón*.
Me observó con suspicacia.
—Parece estar muy seguro de que los dos disparos se efectuaron con aquella arma.
Sonreí sin desconcertarme por el desliz.
—Es lo más natural. Estos orificios juraría que están hechos con una pistola del 38. Y no creo que la casa esté llena de pistolas caídas por los suelos.
—Bien, dejemos eso. ¿Cómo encontró el cadáver?
—Mirando en el lavabo —respondí.
—Déjese de contestaciones tontas y responda a mis preguntas. ¿Por qué vino usted aquí?
—¿Es un interrogatorio en regla?
—Puede negarse a responder si es eso a lo que se refiere —dijo el teniente, de mala gana.
—No tengo por qué negarme. Contestaré lo que me pregunte.
—Bien. Vamos entonces al salón —se volvió al agente Marsh, añadiendo—: Usted quédese aquí y no toque nada. El forense y los peritos no tardarán en llegar. Vamos, Martin.
Kendall y yo volvimos al salón. El policía Bill miraba a la calle por un ventanal. Audrey, sentada en el mismo sillón donde estuvieran los guantes color siena, ocultaba con grandes esfuerzos su nerviosismo. Al entrar nosotros me miró anhelante. Fingí no advertirlo y me acomodé en otro diván.
Kendall se quedó de pie, en el centro de la habitación, mirando hacia el vestíbulo. Siguiendo la trayectoria de su mirada vi entrar a un individuo de pequeña estatura, totalmente calvo, y con unos ojos agudos tras los cristales de sus gruesos lentes. Llevaba un maletín negro bastante usado.
—Hola, doctor Harper —saludó el teniente.
El forense nos miró a todos, uno por uno, e hizo una leve inclinación de cabeza. Después preguntó a Kendall con voz inexpresiva.
—¿Dónde está el cadáver?
—Allí, en el lavabo. Es Sturgess.
Creo que el hombrecillo se sobresaltó vivamente.

—Lo siento —su voz seguía siendo incolora—. Ahora Cronyn ya no tiene opositor.

Reinó un breve silencio en el saloncito. Lo quebré con una risita sardónica. Kendall se volvió hacia mí y me miró, ceñudo.

—¿De qué se ríe? —Gruñó en tono de reproche.

—De lo que ha dicho el doctor —respondí—. ¿Se ha fijado, teniente? Cronyn no tiene opositor en las elecciones. Será fiscal del Distrito gracias a un elector que no esperaba: *la muerte*.

—No creo que el momento sea oportuno para chanzas —dijo con acritud Kendall, acercándose al ventanal. Miró a la calle y volvió al centro de la sala—. Ya están aquí los muchachos —anunció.

Los «muchachos» resultaron ser los técnicos del gabinete antropométrico.

Las conclusiones del forense no se apartaron en nada de lo que ya sabíamos: Thomas Sturgess había muerto por heridas de arma de fuego. Aunque no quiso aventurarse antes de la autopsia, el doctor Harper se mostró convencido de que los dos disparos habían acabado con la vida de Sturgess. Fijó la hora de la muerte, aproximadamente, entre las cuatro y las cinco. Lo cual, en vista de las circunstancias, no aclaraba nada.

Cuando la ambulancia se llevó el cadáver, se fueron también el forense y los peritos.

Yo, que no me había movido de mi asiento, bostecé ruidosamente. Kendall y Audrey me miraron.

—¿Piensa tenernos aquí hasta mañana, teniente? —pregunté al policía.

—No —dijo con sequedad—. Ahora me acompañarán ustedes a la Jefatura.

Me puso en pie con indolente lentitud.

—Con sumo placer, teniente —dije en leve tono de burla.

* * *

—¿Cuándo llegó usted a Longville?

Me retrepé en la incómoda silla y miré de soslayo al taquígrafo, que, en un ángulo del despacho, tomaba nota de cuanto allí se decía. El teniente Kendall de pie, ante mí y con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, no perdía de vista el menor de mis gestos.

—Esta mañana, en el autobús de Los Angeles.

Kendall pareció perplejo. Sin quererlo demostrar continuó:

—¿Qué motivos le impulsaron a abandonar Nueva York y venir a esta ciudad?

—Me despidieron del «Journal». Recibí un telegrama del «Daily Star» ofreciéndome colocación y no vi nada malo en presentarme aquí.

—¿Tiene ese telegrama?

—Claro.

Rebusqué en un bolsillo y le tendí el pliego de la «Western Union».

Le dio una rápida ojeada y me lo devolvió.

—Sin embargo, usted está en el «City *Post*». ¿Cómo es eso?

—Sencillamente; no me convino y deseché la oferta de Jagger.

—Ya. Y encontró en seguida puesto de cronista en el «*Post*».

—Exacto.

—Mire, Martin: así no iremos a ninguna parte —dijo—. Usted me oculta algo. No está tratando con un recién nacido y no puede esperar que me crea eso.

—¿Que se crea el qué?

—Lo de su milagroso empleo en el «*Post*».

—No he intentado hacérselo creer. Usted me pregunta y yo me limito a contestar. Es rigurosamente cierto que vine con el propósito de entrar en el «Daily» y que estoy en el «*Post*».

—Ya lo sé. Pero ¿por qué ingresó en el «*Post*» de una manera tan… súbita?

Me encogí de hombros.

—No sé. Tal vez por mi fama como reportero.

—¿Cómo reportero… criminalista? —puntualizó intencionadamente Kendall.

—¿Por qué no se lo pregunta a Lee Mac Donald? —repliqué con suavidad.

—Está bien, Martin. Usted gana. Continúe si quiere en esa actitud, pero no le reportará ningún beneficio.

Hizo una pausa, quizá esperando que le respondiese. Como permanecí silencioso prosiguió el interrogatorio.

—¿Conocía usted a Thomas Sturgess?

—Sí. Le vi esta mañana unos momentos. Me lo presentó Jagger.

Pero no le conocía, en el exacto sentido de la palabra. Para mí era un desconocido.

—Entonces, ¿qué hacía usted hoy en su casa?

—Me citó a las cinco.

—¿Para qué?

—No lo sé —confesé con franqueza.

Kendall me miró de hito en hito y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Esto es demasiado, Martin! —rugió—. ¿Quiere convencerme de que sin conocerlo, Sturgess le citó en su casa y además no le dijo el motivo?

—Así es.

—¡No creo una sola palabra!

Me encogí de hombros y no dije nada.

—Usted parece no darse cuenta de su situación —dijo suavemente—. ¿Se ha fijado en que es el principal sospechoso?

Me eché a reír, muy divertido.

—Tendrá que borrarme de su lista negra, teniente. Puedo demostrar dónde estuve entre cuatro y media y cinco.

—*¿Dónde*? —preguntó a bocajarro Kendall.

—Paseando en compañía de *miss* Audrey —dije.

Kendall se echó atrás violentamente. Su gesto fue de súbita comprensión. Sin embargo, aun insistió:

—¿No se separaron uno de otro en *ningún* momento?

—En ningún momento —afirmé con tranquilidad.

El teniente paseó por el despacho hasta llegar junto a la puerta. Se volvió y, acercándose, se detuvo nuevamente ante mí. Sonreía sin el menor humorismo.

—Ya entiendo su jugada, Martin. Quiere protegerse usted y proteger a ella, ¿no es eso?

—No sé de qué me está hablando.

—¡Lo sabe tan bien como yo! —se excitó—. ¡Se han puesto de acuerdo y jurarán mil veces, si es preciso, que estuvieron juntos *precisamente* a la hora en que con toda seguridad fue asesinado Sturgess!

—Se equivoca, Kendall —repuse suavemente—. Audrey y yo nos encontramos a las cuatro y media en la plaza Denham y desde allí, paseando, fuimos a casa de Sturgess. Llegamos a las cinco y diez, no recuerdo bien, y encontramos abierta la puerta del piso. Entramos

y, buscando, dimos con él en el lavabo. Audrey sufrió una profunda impresión. La acompañé al saloncito y avisé a la Jefatura. Eso es todo.

—Muy bonito. Ni a propósito puede encontrarse mejor coartada. Supongo que tendrá ocho o diez testigos dispuestos a jurar que les vieron.

—Lo siento, pero vuelve a equivocarse. No conozco a nadie en Longville. Así que no hay testigos.

—¿Y puede decirme por qué se encontró con Audrey en la plaza Denham?

—Razones particulares —sonreí.

—¿Flirteo? —aventuró Kendall.

—Llámelo así, si quiere.

—Y colaboración profesional —completó con sarcasmo—. Suena muy bien. Demasiado bien —permaneció unos segundos callado y prosiguió—: ¿Tampoco *miss* Audrey sabe para qué la llamaba?

—No sé. Creo que para algo relativo a la campaña electoral.

—Y se le ocurrió llamarle a usted a la misma hora, aunque pertenece al «City *Post*», su adversario en la campaña.

—Sí.

—Muy curioso. O Sturgess estaba loco o lo estoy yo ¡o todo eso es una sarta de mentiras! —explotó.

—Quizá haya algo de todo eso… menos de lo último —agregué velozmente.

Kendall dio un bufido.

—Está bien, Martin. Siéntese ahí —me señaló una silla junto a la mesa despacho. Volviéndose al taquígrafo añadió—: Haga pasar a *miss* Audrey Scott.

Salió el agente y Kendall me miró, sonriendo.

—Espero que no haga señas ni intente decir nada a esa joven —observó—. Le permito asistir al interrogatorio de su *amiga* —recalcó la palabra, pero fingí no advertirlo— con la condición de que no se mezcle en nada y haga sólo de espectador.

—No tengo interés en estar presente, Kendall. Si quiere, puedo irme a otra habitación.

—No es necesario. Si están de acuerdo, tiempo han tenido para estudiarse la lección. Pero quiero concretar algunos puntos.

—Confíe en mi discreción.

El policía frunció el ceño.

—A veces me da la impresión de que es usted un Perry Mason protegiendo a su cliente —dijo—: Creo que está encubriendo a esa chica.

—No sea melodramático, teniente —repuse, sonriendo—. No encubro a nadie ni soy ningún abogado.

—Pues no le faltaba más que el título —comentó, volviéndose hacia la puerta por donde entraba ya el taquígrafo, seguido de Audrey Scott.

La muchacha, aunque ligeramente pálida, aparecía tranquila y segura.

El taquígrafo volvió a su cuaderno y Kendall, en su actitud favorita, se situó enfrente de Audrey.

—Perdone que la molestemos con este breve interrogatorio —comenzó cortésmente—, pero acabaré pronto. Hay que cubrir el expediente.

—Pregunte cuanto quiera —sonrió con dulzura la joven.

—Gracias. Veo que comprende las circunstancias —hizo una pausa para dar más fuerza a la pregunta que siguió—. Veamos, *miss* Scott: ¿conocía usted a la víctima?

—Por supuesto. Recuerde que pertenezco desde hace tres años al «Daily». Le veía casi a diario y algunas veces trabajé para él.

—¿Qué clase de trabajos?

—Copia de cartas, generalmente. Una semana que su secretaria estuvo enferma yo me encargué de substituirla, previo asentimiento de mi jefe.

—¿Tenía Sturgess una secretaria?

—Sí, claro. Todo abogado la necesita.

—¿Dónde está ahora?

—Tengo entendido que ayer se marchó a Los Angeles.

—¿Y no solicitó esta vez sus servicios?

—Sí. A eso iba esta tarde. Me llamó esta mañana para que fuese a copiar unas cartas urgentes.

—¿La citó a una hora determinada?

—Sí. Dijo que sería conveniente acudiese entre cuatro y media y cinco.

Kendall pareció meditar sobre esta última respuesta. Yo también trabajaba mentalmente mientras seguía con toda mi atención el

interrogatorio.

El policía continuó:

—¿A qué hora llegó usted a la casa de Sturgess?

Me di cuenta de que era una ingeniosa trampa. La pregunta, hecha como al descuido, iba encaminada a sacar la verdad. Kendall no perdía de vista un solo gesto de Audrey, que le miró con sencillez al responder:

—A la misma que míster Martin. Íbamos juntos.

Me sentí infinitamente aliviado.

Kendall se mordió los labios.

—Sí, ya sé. Pero ¿se fijó en la hora que era?

—No, pero creo que míster Martin, al ver que no respondían a nuestra llamada, miró, a su reloj para comprobar si era la hoja fijada. Y me pareció que eran las cinco y unos minutos.

—¿Cómo es que acompañó usted a míster Martin?

—No le entiendo, teniente —confesó ingenuamente la joven.

—Quiero decir, ¿por qué fueron ustedes juntos a casa de Sturgess, si apenas se conocían?

Audrey me miró de reojo un solo instante y luego se enfrentó con Kendall.

—Eso, teniente… —vaciló unos segundos, y su sonrisa me pareció adorable al oírla proseguir—: Es algo que no querría decirle a usted. Hay cosas que una chica no debe confesar… ni a la policía.

Enrojeció marcadamente bajo la mirada inteligente de Kendall, que sonrió comprensivo.

—Ya. ¿Y no le extrañó que Sturgess citase a míster Martin a la misma hora que a usted, siendo de periódicos enemigos?

—Pensé en ello, pero me figuré que al citar a uno no se acordó que a la misma hora vendría el otro. Y, después de todo, si era error suyo, yo no tenía por qué preocuparme. No podría culparnos de una cosa de la que él era responsable.

—Sí, claro. Y dígame: ¿dónde se encontró con míster Martin?

—En la plaza Denham, frente a la redacción de mi diario.

—¿Recuerda la hora que era?

—Aproximadamente, las cuatro y media. Quizá unos minutos menos.

—¿Cómo quedó citada con míster Martin?

Experimentó una leve vacilación que Kendall no pareció

advertir. Al fin, dijo con serenidad:

—Esta mañana, cuando míster Martin estuvo en la redacción del *Daily Star*, me preguntó si podría verme esta tarde —volvió a ruborizarse, esta vez inexplicablemente—. Yo… le dije que podría encontrarme en la plaza Denham a las cuatro y media, pero que no me entretendría mucho, porque tenía que estar a las cinco en casa de míster Sturgess; él pareció sorprendido y aseguró que también estaba citado para esa hora con el candidato. Aunque me extrañó, no dudé de su sinceridad. No tenía motivos para creer que mintiese. Ignoro si fue una jugarreta de él para poderme acompañar.

Kendall se volvió hacia mí.

—¿Qué dice a eso, Martin? —preguntó.

—Tendrán que confiar en mi palabra —respondí.

El teniente se volvió de nuevo a Audrey.

—¿Recuerda si míster Martin se separó de usted en algún momento a partir de las cuatro y media?

La muchacha sonrió, al responder:

—De eso me acuerdo perfectamente. No, él no se separó de mí en todo el tiempo, desde que nos encontramos en la plaza Denham hasta que ustedes llegaron a casa de míster Sturgess.

—¿Estaría dispuesta a repetir eso bajo juramento?

—Es la pura verdad, teniente —repuso Audrey, de un modo ambiguo que no contestaba directamente a la pregunta formulada.

Sin embargo, Kendall se dio por satisfecho y no insistió más.

—Bien señores —dijo, dirigiéndose a nosotros—. Pueden marcharse ya. No tengo nada más que preguntar. Gracias por su amabilidad.

La joven se levantó, evidentemente aliviada. Yo también me puse en pie con una sonrisa.

—Siempre que me necesite, puede recurrir a mí —dije a Kendall —. Si hay que aclarar algún punto me tiene a su disposición.

—Lo tendré en cuenta, Martin —sonrió Kendall, estrechándome la mano.

CAPÍTULO VI

—Quisiera saber lo que se propone usted con todo esto —dijo Audrey Scott, mientras nos alejábamos de la Jefatura.

—Es mejor que no lo sepa —repliqué, sonriendo—. ¿Por qué?

—Así, cuando sepan que hemos mentido, lo cual sucederá de un momento a otro, no podrán acusarla de cómplice. Si usted ignora los motivos que yo tengo para construir una falsa coartada, la policía opinará que se trata de una coacción por mi parte.

—¡Pero eso no es cierto! —protestó ella.

—El teniente Kendall no opinará así. Le he resultado bastante antipático y se sentirá lleno de satisfacción si puede demostrar que he mentido.

—También yo mentí.

—Sí, pero usted pudo hacerlo bajo amenaza. Me tuvo miedo y dijo cuanto yo quise. «Acción deliberada contra el testimonio de un testigo», creo que lo llaman.

Audrey se detuvo y puso una mano sobre mi brazo.

—Escúcheme, Martin —empezó diciendo—. Está colocándose con el agua al cuello, y cuando quiera salir a flote será tarde; se habrá ahogado.

—He de correr ese riesgo.

—Sí, pero ¿por qué?

—Ya le dije que no tengo intención de explicarle mis ideas —repetí, echando a andar nuevamente.

—Creo que está intentando proteger a alguien —aventuró la joven, caminando junto a mí.

—Tal vez.

—No debe hacerlo, Martin. Usted no es un abogado, sino un periodista.

La dirigí una mirada inexpresiva y no dije nada.

—Está complicando las cosas para hacerse sospechoso y alejar el peligro de otra persona. No lo hace por usted ni siquiera por mí. Sabe que no había pruebas contra nosotros. Que uno se encuentre en un sitio donde se ha cometido un crimen no significa necesariamente que sea uno mismo quien lo cometió. ¿A qué edificar entonces todo ese castillo de naipes, que se desmoronará al primer soplo? La duda es un poderoso aliado. Si se descubre que todo nuestro alibi es falso desde sus cimientos, las sospechas quedarán indecisas entre usted y *esa otra persona*; que es lo que usted busca. ¿Me equivoco?

Ahora fui yo quien me detuve. Miré el rostro atractivo de Audrey; sus cabellos rubios, ojos oscuros y los labios rojos, bien dibujados. Ella sostuvo mi mirada.

—Hágame caso, Audrey —dije, persuasivo—. No intente ahondar demasiado. Si nada sabe, nada podrá decir cuando salga al banquillo de los testigos.

—Pero yo no quiero dejarle a usted solo, ahogándose. Si alguien ha de hundirse, lo haremos los dos.

Sonreí ante el cálido acento de la joven.

—Gracias, encantó —y oprimí uno de sus brazos—. Es una decisión muy noble. Pero me niego a aceptar su ayuda. He decidido que sea *yo sólo* quien se ahogue, si es que realmente no puedo sostenerme a flote.

—No puede y usted lo sabe.

—Quizá tenga razón, pero eso aún no lo sabemos —extendí mi mano—. Hasta pronto.

—¿Se va? —dijo ella, estrechándola.

Retuve su mano en la mía.

—Tengo que hacer algunas cosas —expliqué—. ¿Podré verla mañana?

—Donde usted diga.

—La espero a la una del mediodía en la plaza Denham. Comeremos juntos.

—No faltaré —prometió.

—Hasta mañana —me despedí, alejándome.

Llegué al hotel cuando el reloj marcaba las ocho y media. Entré en la cabina telefónica. Eché un níquel y pedí el número de Forrest

Cronyn. Se puso al aparato una mujer cuya voz no reconocí de momento.

—¿Diga? —interpeló.

—¿Está míster Cronyn? —pregunté yo.

—¿De parte de quién?

Respondí con leve tono burlón al identificar la voz de la poco simpática doncella:

—Soy Martin, Douglas Martin, preciosidad.

Oí un gruñido y se alejó del teléfono. Pasaron unos segundos. Alguien se puso al aparato.

—¿Qué desea, Martin?

—Oiga, Cronyn, ha ocurrido algo grave.

Se alarmó por el tono serio de mi voz.

—¿Qué pasa, Martin? —preguntó.

—Ha muerto su rival, Thomas Sturgess.

—¿Qué dice? —chilló Cronyn.

—Le han matado esta tarde con una pistola calibre 38. Yo encontré el cadáver.

—Pero eso es horrible… ¿Se sabe quién…?

—No. El teniente Kendall sospecha de mí.

—¿De usted? —La exclamación reflejaba inmenso estupor—. ¡Es una locura!

—Oiga, Cronyn, ¿dónde estaba usted entre cuatro y media y las cinco?

—Pues…, pero ¿a qué viene eso?

—Déjese de preguntas y respóndame —apremié.

—Estaba en casa. No salí en toda la tarde.

—Llamé a las cinco y diez y usted no estaba en casa —repliqué, secamente.

Hubo un breve silencio. Cronyn meditaba.

—Mire, Cronyn —continué yo, con acento severo—. Soy únicamente un reportero de su periódico, y no su abogado. Sin embargo, estoy haciendo lo posible por serlo. Pero necesito que me ayude o nos hundiremos todos. ¿Comprende?

—No muy bien, Martin —tartamudeó Cronyn, evidentemente desconcertado—. Si no es más explícito…

—Lo seré dentro de unos minutos en su casa. Voy ahora mismo hacia ahí.

—Bien, le espero.

—Y procure recordar dónde estuvo entre cuatro y media y las cinco. Lo necesitará.

Colgué y, después de depositar otra moneda llamé a la redacción del *City Post*.

El propio Lee Mac Donald se puso al aparato.

—¿Qué hay, Doug? —preguntó alegremente—. ¿Cómo va nuestro flamante reportero?

—Siento cortar su euforia, jefe, pero ya puede irse preparando un poco de bicarbonato. Creo que se le cortará la digestión.

—¿A qué vienen esas tonterías?

—¿No le ha dicho nada Carter?

—No está aquí. Y yo acabo de llegar ahora. Estuve fuera toda la tarde.

—¡Vaya por Dios! —suspiré—. Toda la ciudad parece haberse puesto de acuerdo en salir esta tarde de casa.

—¿Hay algo de malo en eso?

—Nada. Escuche ahora, jefe; tome un lápiz y un papel y vaya escribiendo lo que le diga. ¿Está listo? Pues empiece: «En un piso de la calle General Grant, ha sido asesinado esta tarde el candidato a la Fiscalía del Distrito de Longville, Thomas Sturgess…».

—¿Qué broma es ésa? —aulló Mac Donald.

—Cierre la boca y escriba —repliqué con aspereza—. El teniente Kendall se hace cargo del asunto. A Sturgess lo mataron con una pistola calibre 38, que el asesino abandonó en el lugar del crimen. Se ignora quién lo mató. Ahora haga un poco de literatura póngale un titular truculento y lance una edición extra. Ya puede darse prisa.

—Pero ¿es cierto todo esto? —insistió Mac Donald, aún estupefacto.

—Si lo duda lea la edición especial que el *Daily* lanzará esta noche. Si no se apresura, ellos se adelantarán y usted habrá perdido una hermosa ocasión. Adiós, luego pasaré por ahí.

Salí del hotel y llamé a un taxi que pasaba providencialmente en aquel momento.

—Norton Hill, residencia de Forrest Cronyn —indiqué al chófer.

En un tiempo relativamente corto llegué.

Agité la cadena de la campanilla en la puerta de la casa y una

figura que no pude apreciar bien en la casi absoluta oscuridad, avanzó hacia la verja.

—¿Es míster Martin? —preguntó una voz armoniosa, la misma que oí por teléfono cuando llamé desde el salón de Sturgess.

—En efecto, el mismo —respondí.

Una linterna enfocó mi rostro. Sonreí, adivinando el examen de que era objeto por la hija de Forrest Cronyn.

—Hay que tener cuidado en estos sitios —se disculpó la joven—. Frecuentan muchos merodeadores.

—En cierto modo también lo soy.

Se echó a reír y se abrió la puerta, dirigiendo el haz de luz hacia el suelo para indicarme el camino.

—Tenga cuidado, míster Martin —observó, después de cerrar la verja nuevamente—. Hay algunas piedras y podría tropezar.

Me precedió por el sendero de grava hasta la entrada de la casa.

—Nelly, nuestra doncella, no está ahora aquí; por eso he salido yo a recibirle —explicó la hija de Cronyn.

—¡No me diga que ha estado toda la tarde fuera!

—¿Nelly? —preguntó ella—. No, salió hace un momento a cumplir unos encargos. ¿Por qué lo decía?

—No, por nada —dije, sonriendo.

Al fin entramos en el vestíbulo, bien iluminado. Como cuando visité aquella mañana por vez primera la casa Forrest Cronyn permanecía de pie en la puerta de la biblioteca, mirando hacia la puerta con ansiedad. Al verme, pareció sentir gran alivio.

—Aquí le tienes, papá —rió la joven, señalándome con gracioso ademán.

A la luz del vestíbulo contemplé a mi sabor el rostro realmente atractivo de la pequeña Cronyn. No debía pasar de los veinte años. Llevaba cuidadosamente peinados sus cabellos color caoba, que enmarcaban unas facciones dulcemente dibujadas donde destacaban los ojos, oscuros como el cabello, y la boca de trazo suave, que al abrirse mostraba dos líneas regulares de inmaculados dientes. *La* belleza de Helen Cronyn tenía mucho de infantil.

—Buenas noches —saludé a Cronyn—. Tiene usted una hija muy agradable.

—Me complace que piense así —repuso Cronyn. Pero se le notaba ausente de lo que decía, preocupado por algo más

importante que la simpatía personal de su hija. Lo que dijo luego me corroboró esta impresión—. Pase, Martin. Necesito hablarle.

Con una cortés inclinación de cabeza saludé a Helen Cronyn y entré en la biblioteca precedido del candidato, que cerró la puerta una vez hube pasado.

—Y bien, Martin, ¿qué ocurre en realidad? —inquirió ansiosamente, acercándose a mí.

No era cuestión de andarse con formulismos ni rodeos. Le miré con fijeza.

—Ya sabe lo que le ocurrió a Sturgess —dije—. Estoy intentando acumular sospechas sobre mí.

Cronyn enarcó las cejas, sorprendido por mi declaración.

—¿Se ha vuelto usted loco? —exclamó.

—Aún no —repliqué secamente—, pero acabaré siéndolo si usted no me ayuda.

—¿Yo? ¿Qué quiere que haga?

—Escuche, Cronyn: no me he metido en todo este lío porque sí. He hecho creer a Kendall que oculto muchas cosas. Quiero que se sospeche de mí, ¿me entiende? ¿Y sabe por qué? Se lo diré: Kendall puede *sospechar* cuanto quiera. Pero no tiene pruebas para acusarme de nada. Y cuando las tenga, seguirá atado de pies y manos, porque yo no tenía ningún motivo para matar a Thomas Sturgess. En cambio —y miré con mayor intensidad a Cronyn—, usted sí los tiene.

Reinó un pesado silencio. Cronyn me miraba con estupor, como si no pudiese dar crédito a lo que oía.

Tras unos instantes llenos de desagradable tensión el candidato habló al fin, dificultosamente:

—¿Quiere usted decir… que… yo le maté?

—No quiero decir nada ni quiero saber nada. Esta mañana le dije que venía a ayudarle. Ahora vengo a lo mismo. No le acuso de ningún delito, ni quiero explicaciones por su parte. Sólo le pido ayuda.

Cronyn se acercó con gesto decidido.

—Espere, Martin, no corra tanto. Piensa y obra con demasiada precipitación. He creído entender que usted quiere hacer de escudo mío y recibir todo golpe que vaya dirigido a mí.

Hizo una pausa. Yo continué silencioso.

—Pues bien, Martin, óiganme bien —continuó con mayor tono de voz—. Si es esto lo que desea saber, puedo jurarle que yo no he tomado parte en el asesinato de mi rival. Soy inocente por completo.

—¿Dónde estuvo usted esta tarde, de cuatro y media a cinco? —pregunté impasible, sin responder a su explicación.

Retrocedió, levemente sobresaltado.

—¿No me cree? —dijo.

—Dígame dónde estuvo y le creeré.

—Bien. Estuve… paseando.

—¿Por dónde?

—Por el campo. Quería refrescar mis ideas.

—¿Vio a algún conocido?

—No. Ni conocido ni desconocido. No vi a nadie.

—No nos sirve.

—¿El qué no nos sirve?

—Ésa coartada. El teniente Kendall necesita algo más consistente y verosímil que su hipotético paseo campestre.

—¡Es la pura verdad, créame!

—No soy yo quien ha de creerle, sino Kendall.

—Pero, Martin, ¿por qué había yo de querer matar a Sturgess?

—Ahí está precisamente lo malo. ¿Por qué? La respuesta es demasiado fácil. Incluso el doctor Harper, el forense, se permitió un trivial comentario cuyo sentido procuré desviar con una banalidad para que el teniente no se parase a pensar sobre tan sugestivo aspecto de la cuestión. Cuando el médico supo que la víctima era Sturgess, comentó que usted ya no tendría opositor en las elecciones. ¿Sabe lo que esto significa?

—Pero…, ¡eso es monstruoso! —balbució, Cronyn.

—Lo sé. Sin embargo, Kendall no se parará a sopesar los factores sicológicos. No es inteligente, pero es duro y tenaz; llevará la cosa hasta el fin y acabará sentándole a usted en el banquillo…

—¡Calle, por favor!

—¿Tiene miedo? Pues bien, creo que más lo tendrá, cuando oiga al jurado su veredicto de culpabilidad. Será su ruina total y la de su esposa, su hija e incluso el prometido de su hija.

—¿Conoce usted… a Melvyn Adams? —Su sonrisa fue un pálido reflejo.

—No, pero sé que estudia para abogado y que espera hacer a Helen su esposa. Me informé bien en la ciudad. Aunque, en realidad, esto es apartarse de la cuestión. ¿Está o no dispuesto a ayudarme?

—¿En qué puedo yo ayudarle, amigo mío?

—Dígame cuanto sepa de Thomas Sturgess, de las elecciones y de todo lo que pueda tener una relación más o menos directa con este crimen.

—¿Qué adelantará con ello?

—Aprovechar el tiempo. Necesito *saber*… para cuando Kendall me acuse de asesinato.

La mirada de mi interlocutor se animó con fuego extraño. Me contempló con admiración, casi fascinado.

—Usted…, ¿quiere descubrir la *verdad*? —murmuró.

Afirmé con un leve movimiento de cabeza.

—Buscaré al asesino —dije, tranquilamente—. Mientras Kendall sospecha de mí y usted se mantiene al margen, yo voy a revolver toda la ciudad en busca de un criminal. Nunca he sido detective, pero esta vez me temo que voy a intentarlo.

Cronyn sonrió débilmente.

—Poco es lo que puedo decirle, Martin —dijo—. Nunca conocí muy bien a Sturgess, salvo en lo relativo a su carrera. Sé que triunfó en Chicago, como todo el mundo lo sabe, y que pocos fueron los clientes a quienes él no salvó. Yo, sinceramente, no recuerdo a ninguno… —vaciló y frunció levemente las cejas—. Espere… Sí, creo que hubo un caso perdido hace ya bastantes años. Fue el único bache en su carrera jurídica.

—¿Recuerda qué caso fue ése?

—¡Humm! No sé. Hace mucho tiempo… Quizás ocho años o más. Creo que su defendido se llamaba… Gillespie. Sí, Gillespie, Steve Gillespie.

—¿De qué se le acusaba?

—Asesinato en primer grado. Había matado a su esposa. Fue condenado a muerte.

—¿No puedo demostrar la inocencia de Gillespie?

—Era difícil. El propio Gillespie se condenaba al responder a las preguntas de la acusación. El pobre diablo se contradecía a cada instante. El jurado acabó convencido de su culpabilidad.

—¿Presenció usted el juicio?

—Sí. Me interesó el caso. Siempre confié en que Sturgess encontraría un recurso y conseguiría, al menos, una pena de prisión. Pero en esta ocasión se mostró muy torpe y defendió el caso sin entusiasmo. No hizo nada por salvarle.

—¿Era frecuente en él esa desgana?

—No. Siempre se distinguió por sus procedimientos directos y arrolladores.

—¿Dejó algún hijo el infeliz?

—¿Gillespie? Sí, creo que una hija. Entonces era muy niña. No compareció ante el tribunal… Pero oiga, Martin: ¿para qué quiere saber tantas cosas del desdichado Gillespie? ¿Acaso cree que su hija pudo vengarse ahora del desinterés de Sturgess en defender a su padre?

—¡Oh, no! Sería demasiado fantástico y absurdo. No es eso. Me interesa Sturgess, me interesa su vida, no la de Gillespie.

—No creo que pueda haber relación alguna entre este crimen y el fracaso judicial de Sturgess.

—Cuando se trata de un crimen nunca se sabe qué es lo que tiene relación y lo que no la tiene.

—¿Quiere saber algo más…?

—Claro. ¿Estaba casado Sturgess?

—No. Soltero recalcitrante —sonrió Cronyn—. Jamás oí decir que pensase casarse.

—¿Se le han conocido… amigas?

—Sólo una. Y hace también algunos años.

—Dígame lo que sepa.

—Poco es. Me enteré por un colega mío que conocía mucho a Sturgess; éste se había enamorado de una chica de revista. Ella trabajaba en un *cabaret* de ínfima categoría y parece ser que era bastante atractiva y muy joven. Creo que aún no tenía veinte años cuando desapareció con Sturgess.

—¿Desapareció?

—Sí. Un día, sin decir nada, ella se largó del *cabaret* y no supieron nada hasta que alguien la vio en Yuma acompañada por un hombre muy distinguido. Otra persona reconoció en aquel hombre a Thomas Sturgess, un abogado de Chicago.

—¿Podría recordar usted cuándo fue eso?

—Humm… Creo que sí. Fue cuando yo me encargaba del caso Dawn…, hace ocho años. Sí, fue en 1938.

—Así, ¿fue el mismo año que lo de Gillespie?

Cronyn frunció el ceño y me miró algo intrigado.

—Sí, así es —acabó reconociendo, con leve perplejidad.

—¿La chica aquélla trabajaba en un *cabaret* de Chicago?

—Sí.

—¿Sabe en cuál?

—¿Cómo quiere que lo sepa? La cosa no me preocupó hasta el extremo de averiguar tanto detalle. Al fin y al cabo, un hombre soltero puede hacer lo que le dé la gana sin tener que dar cuentas al vulgo.

—Dejemos eso. ¿Cuántos años llevaba Sturgess viviendo en Longville?

—Dos más que yo. Llegué aquí en 1942. El instaló su bufete a principios de 1940.

—¿Por qué dejó su bufete de Chicago?

—No lo sé.

—Bien. ¿Sabe si volvió a verse a la corista del *cabaret* después de lo de Yuma?

—Jamás me preocupé de esos detalles. No puedo decirle nada, salvo que el *cabaret* era propiedad de un griego.

Me puse en pie, suspirando.

—No es mucho; creí que aclararía más cosas. Sin embargo, haré cuanto pueda.

—¿Puede hacer algo con esos datos?

—Ya lo creo. Lo primero llamar a Kent Carter, del *Post*. ¿Puedo usar su teléfono?

—Claro. Ahí lo tiene —señaló su mesa despacho.

Descolgué y pedí comunicación con el *City Post*. Cuando Carter se puso al aparato, hablé con rapidez:

—Oiga, Carter; mande a Chicago a un redactor del periódico. Tendrá que buscar un *cabaret* de ínfima categoría, propiedad de un griego. Cuando lo haya encontrado que procure averiguar lo que realmente ocurrió en 1938, entre una corista y un abogado de Chicago, llamado Thomas Sturgess. Se les vio juntos a los dos, tiempo después, en Yuma. Que averigüe lo que hicieron allí y, sobre todo, que busque en los registros matrimoniales. No se suele ir a

Yuma si no es para casarse.

—¿Algo más?

—Sí. Después que revuelva cuanto haga falta hasta saber si la chica volvió más tarde y, a ser posible, lo que fue de ella y su residencia actual.

—¿Y quién diablos paga todo eso?

—Paga el periódico —miré a Cronyn, que asintió con un movimiento de cabeza—. Se trata de algo que, si sale como yo espero, dará material al *Post* para varias ediciones especiales.

—Bueno, Doug, creo que tengo algo que decirle. ¿Le agradaría que fuese yo quien investigase todo eso?

—Sería magnífico —asentí, entusiasmado.

—Pues cuente con ello, querido Watson. Holmes va a sacar su lupa, su pipa y su gorra a cuadros y se largará a Chicago en seguida —rió divertido.

—Escuche algo más: quiero también que me consiga datos sobre cierto proceso de asesinato contra un tal Steve Gillespie, que tuvo el peor de los resultados. Fue en 1938, y desearía conocer el caso al dedillo, con los nombres de cuantos en él intervinieron.

—¿Se ha convertido en detective, Doug?

—Algo parecido. Pero no me agradaría saber que Kendall olfateaba lo que usted va a hacer.

—No se preocupe. *Au revoir*.

Una vez cortada la comunicación me volví a Cronyn. Sonreí sin humor.

—Bueno, el primer paso está dado. Descubriremos este enredo o nos iremos todos al infierno.

—Es usted un tipo original, Martin —dijo, admirativamente, contemplándome de pies a cabeza.

Nada dije.

Cambiando de tono, exclamó Cronyn:

—Creo que bien se merece un descanso. Cenará con nosotros.

—Acepto —respondí fatigadamente—. Empiezo a notar que tengo un apetito endiablado.

CAPÍTULO VII

Volví a la ciudad a las doce y cuarto. El propio Cronyn me llevó en su coche hasta el hotel. Al apearme del vehículo estreché la mano de Cronyn.

—Ya sabe lo que ha de hacer —advertí—. Probablemente, mañana a primera hora recibirá la visita del teniente, que le hará algunas preguntas. No se deje engañar, por muy inocentes que le parezcan, y responda de un modo ambiguo que más tarde no pueda ser usado en contra suya.

—Es gracioso —comentó—. Parece ser usted el abogado y no yo.

—A veces es preciso trocar los papeles —asentí con una sonrisa—. Por muy abogado que usted sea, no adelantaría gran cosa. No es lo mismo defender a otro que defenderse a sí mismo. Necesita la ayuda de alguien y nadie mejor que yo. Si usted fuese uno cualquiera, tal vez todo esto se iría al traste, pero usted sabrá salir con bien, siguiendo mis instrucciones. Le sobra inteligencia, conque en eso no necesita consejos míos. Sea prudente.

Seguí con la mirada al esbelto «Cadillac» mientras se alejaba. Con un leve encogimiento de hombros entré en el hotel.

Aquella noche dormí profundamente. Cuando me desperté, el sol estaba ya bastante alto. Consulté mi reloj y me levanté de un brinco al ver que eran las diez y media. Apresuradamente me lavé y aseé, vistiéndome después rápidamente. No entré en el comedor a desayunar. Salí a la calle y después de comprar el *Daily Star* y el *City Post*, entré en una granja. Me senté en un rincón y pedí leche fría y unas pastas. Mientras me servían el refrigerio, hojeé el *Daily Star*. Lo que leí me hizo fruncir el ceño:

«¡Thomas Sturgess asesinado!

»El fiscal de Longville muere en misteriosas circunstancias».

No fue esto lo que me preocupó, sino el subtítulo que seguía:

«Una casual circunstancia sitúa a Cronyn en la Fiscalía del Distrito».

Seguía un largo relato de lo ocurrido. Pude notar que Kendall no se había mostrado muy pródigo con los periodistas. Los datos eran escasos, pese a lo muy «inflados» que estaban. No se hablaba allí de mí ni de Audrey, ni siquiera de la pistola.

El *City Post* publicaba un editorial en primera plana, de acuerdo con los datos que yo había dado a Mac Donald. Me admiró la discreción con que se explicaban los acontecimientos. Mis iniciales, «D. M.», firmaban el artículo.

Desde la lechería me trasladé a la redacción del *City*. Carter se había marchado en el primer tren de la mañana y ni siquiera Lee Mac Donald sabía los motivos de tan imprevisto viaje. Tampoco yo se los dije, aunque trató de sonsacarme.

No se sabía nada nuevo del caso Sturgess. Mac Donald me dijo que, según confidencia, Forrest Cronyn había sido llamado a la Jefatura de Policía. Se ignoraba, sin embargo, para qué y con qué resultados.

Redacté un agresivo artículo rebatiendo la solapada insinuación del *Daily*. Mac Donald lo leyó con aire satisfecho.

—Saldrá en primera plana —prometió.

Eran casi las doce cuando salí de la redacción y me encaminé a la Jefatura de Policía.

Cuando di mi nombre al agente de guardia me condujo inmediatamente al despacho del teniente Kendall. Golpeó en la puerta con los nudillos y anunció:

—Míster Martin está aquí.

Oí correrse una silla, unos pasos se aproximaron y al abrirse la puerta apareció la maciza figura del policía, que me miró sonriendo.

—¡Hola, Martin! —saludó con una cordialidad extraña en él—. Llega usted a tiempo. Pase.

Ante la mesa, con el rostro panado por un foco de poderosa luz blanca, vi a… Christopher Jagger.

El director del *Daily* se esforzaba por mirar fuera de la cegadora luz, intentando verme.

En su acostumbrado rincón, el taquígrafo policial mantenía en el aire su lápiz, interrumpido en su labor por mi llegada.

Las ventanas del despacho, herméticamente cerradas, dejaban en absoluta oscuridad la estancia solo iluminada por el reflector asestado al inexpresivo rostro de Jagger.

Me volví a Kendall, que estudiaba mis más leves reacciones ante el cuadro, y sonreí burlón.

—Creí que en Longville no se empleaba el *tercer grado* —dije, suavemente.

—No es ningún *tercer grado* —gruñó ásperamente el teniente—. Estamos interrogando a un testigo.

—Entonces no se deje influenciar por el cine —repuse.

Sin replicar a mi irónico comentario, Kendall se dirigió a la mesa y preguntó a Jagger:

—¿Conoce usted a míster Martin?

—Sí —respondió el interpelado, entornando sus ojos verdosos—. ¿No puede apagar esa condenada luz?

Kendall hizo una seña y un policía que hasta entonces había permanecido en la penumbra abrió las ventanas: la luz matinal inundó el despacho. El teniente apagó el foco.

Con un suspiro de alivio, Jagger parpadeó.

El director del *Daily* se puso en pie y me miró sin ningún entusiasmo.

—Hola, Martin —saludó—. ¿Qué tal le va en el *Post*?

—Bien —me limité a responder.

Kendall notó la escasa cordialidad de que hacíamos gala y miró a Jagger.

—Martin dice que Sturgess le citó ayer por la mañana, para las cinco de la tarde —explicó.

—Es mentira —dijo fríamente Jagger.

Solté una risita burlona, que atrajo las miradas de Kendall y de Jagger.

—Tiene mala memoria, teniente —objeté—. Yo no dije que me citase por la mañana.

—¿Niega ahora lo que declaró ayer?

—No *declaré* tal cosa. Si repasa mi declaración de ayer comprobará que yo no dije *cuándo* me citó.

El policía se acercó y me escrutó con dureza.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque usted *no* me lo preguntó.

—¡Pues *ahora* sí se lo pregunto! —bramó—. ¿Cuándo estableció Sturgess su cita con usted?

—No fue de palabra. Ayer, después de comer, cuando salí del comedor del hotel, el conserje me llamó y me entregó un sobre con el membrete del *Daily Star*. Lo llevó un chico del *Daily*, según explicó el conserje.

»Abrí el sobre. Contenía una carta firmada por Thomas Sturgess. Me citaba con urgencia para las cinco de aquella tarde y no explicaba los motivos, aunque aseguraba que era para algo importantísimo. Había una postdata muy curiosa, decía que nadie debía saberlo, ni siquiera míster Jagger…

Christopher Jagger me interrumpió, iracundo:

—¡Es una sarta de mentiras!

—Cállese, Jagger —le atajó rotundo, Kendall. Se volvió hacia mí —. Continúe.

—Eso es todo, teniente. No hay más.

—¿Y por qué no dijo antes todo eso?

—No me pidió usted detalles —repliqué.

—¿Sabe lo que cuesta oponerse a la marcha de la Ley?

—Sí, pero no me afecta, Yo no he puesto inconvenientes a la Justicia.

—Tal vez, pero —aquí el tono de Kendall se hizo cortante—, ¿por qué, entonces, dijo usted a *miss* Scott, ayer por la mañana, que estaba citado a las cinco con míster Sturgess? Usted *no* podía saberlo.

Ya había caído. Era inevitable; me di cuenta que había llegado al momento tan temido. Kendall me había cogido en una contradicción gravísima, no con mis declaraciones, sino con las de Audrey.

Sin descomponerme miré con serenidad las aceradas pupilas de

Kendall y el gesto satisfecho de Jagger.

Después me encogí de hombros.

—Entonces fue una broma. Quería acompañar a *miss* Scott aquella tarde y no encontré mejor pretexto que decir que yo también estaba citado con Sturgess a la misma hora. Ignoraba en aquel momento que, instantes después, la broma se haría realidad y recibía el inesperado aviso de Sturgess.

Kendall sonrió con incredulidad.

—Eso no pasa, Martin —dijo, sarcásticamente—. Nunca he creído en los milagros. Y usted nos cuenta uno de los más increíbles.

—No me crea si no quiere. Es la pura verdad. ¿No ha oído decir que a veces la verdad es más sorprendente que la ficción?

—Sí. Pero jamás lo he creído. Es la triquiñuela de todos los picapleitos.

—Eso es lo que usted dice, teniente —repliqué en tono agresivo —. He dicho la verdad y no podrá demostrar que miento.

Kendall pareció sorprendido de mi energía. Entornó los ojos y dijo, amenazador:

—No está en situación de gallear, Martín. ¿No sabe que puedo hacerle detener ahora mismo?

—Pero no lo hará.

—¿Por qué?

—De sobra lo sabe. No tiene ningún motivo para detenerme. Es materialmente imposible hallarse en dos sitios a la vez. Tengo una coartada sólida y no tenía ningún interés en matar a Sturgess, que me era perfectamente desconocido. Si cometiese la tontería de detenerme sin pruebas, cualquier abogado haría una petición de *habeas corpus* y tendría que soltarme a escape.

Jagger soltó un bufido de sorpresa. Del rincón donde estaba el taquígrafo brotó una risita ahogada. Kendall me miró de hito en hito.

—Muy listo, ¿verdad? —masculló—. Demasiado para ser inocente.

Aún furioso se volvió al director del *Daily*.

—Creo que ya no le necesito, Jagger. Puede marcharse.

Christopher Jagger recogió su sombrero de una silla y se encaminó a la puerta. Antes de salir me dirigió una mirada.

—Adiós, Martin. Mis saludos a Mac Donald —dijo burlón.

—Adiós —respondí, sonriendo—. No se olvide de leer mi editorial de esta tarde. Le resultará *interesantísimo*.

Me sentí satisfecho al notar que se iba algo preocupado por mi advertencia.

Kendall se dirigió al taquígrafo y al otro agente:

—Pueden largarse —ordenó—. No los necesito.

Una vez solos, Kendall me indicó un asiento.

—Gracias —dije, sentándome.

Él continuó en pie.

—Usted dirá lo que quiere ahora, Kendall —indiqué tranquilamente.

—A mí no puede engañarme, Martin —empezó diciendo el policía—. Por muchos trucos legales que intente emplear, está en una mala situación. Sabe que aun sin poseer pruebas materiales, su papel en este asunto no se me aparece claro ni mucho menos. Ignoro sus propósitos, Martin, pero desconfío de usted. Desde el primer momento ha tratado de confundirme y en vez de actuar noblemente, obra como el culpable que ha de ir cubriendo minuciosamente todos los huecos, apoyándose en reticencias y juegos de palabras.

—Le escucho interesadísimo.

—Hágalo, porque le conviene. Todas esas artimañas que usted arguye a cada momento tal vez le valgan ante el Jurado, pero no ante mí. Yo no creo una palabra de cuanto ha dicho y sé que su coartada es falsa.

—¿Me acusa de embustero?

—No se haga el ofendido. No hay testigos que puedan oírnos.

—¿Me acusa de embustero? —repetí.

—Está bien —suspiró—. Si insiste le diré que sí. No he creído nada de su declaración ni creo que *miss* Scott y usted estuviesen toda la tarde de ayer tan oportunamente juntos. Ambos mienten a sabiendas. Se apoyan el uno al otro porque así defienden ambos su propia postura. Es un caso de conveniencia mutua que, forzosamente. —Kendall endureció sus rasgos al llegar aquí—, se desmoronará cuando comparezcan ante un tribunal. Ella o usted se asustarán y, por propio egoísmo dirán la verdad. Entonces la cosa tendrá difícil arreglo y su situación será muy poco halagüeña. ¿Por

qué no hacer ahora una confesión que nos ahorraría tiempo y molestias? Se tendría en cuenta que había confesado espontáneamente y las consecuencias serían más leves. ¿Fue usted o fue *miss* Scott quien mató a Thomas Sturgess?

—Ya he oído bastantes estupideces —dije, fríamente—. Si eso es cuanto tiene que decirme, me sentiré muy satisfecho de cortar la conversación.

—Allá usted, Martin. Lárguese si es su gusto, pero recuerde que le avisé. Ahora no tenemos *nada* contra usted, pero mañana tal vez tengamos *mucho*…, y, entonces, será demasiado tarde.

Abrí la puerta del despacho. Antes de salir me volví al teniente.

—Si continúa por ese camino —le dije—, jamás descubrirán al asesino de Sturgess.

—Ya veremos —replicó con aspereza el policía.

Me encogí de hombros y cerré la puerta, dirigiéndome a la salida de la Jefatura.

Cerca de la Jefatura, había un teléfono público. Entré en la cabina y cerré la puerta, mirando luego cautamente a la calle.

No vi a nadie por allí cerca, salvo un individuo de traje de sarga azul que compraba tabaco en el estanco contiguo a la cabina.

Eché un níquel en la ranura y pedí a la telefonista el número de Cronyn.

El propio Forrest se puso al aparato.

—Hola, Cronyn —saludé—. ¿Qué hubo esta mañana?

—Nada importante —respondió él con cautela—. Me mandó aviso y fui en seguida. Me hicieron unas cuantas preguntas sobre… Thomas. Les respondí satisfactoriamente a todo y me dejaron marchar después de pedirme mil perdones por la molestia.

—¿Fue eso todo?

—Sí.

—No me gusta.

—¿El qué no le gusta?

—Esa suavidad y dulzura de que han hecho gala. No es su modo de proceder, y le hubiesen tratado con muchas menos consideraciones… si no se trajesen algo entre manos.

—¿Cree usted que Kendall…?

—No pronuncie nombres.

—Bien, ¿cree usted que él puede sospechar de…?

—No creo nada —le atajé secamente—. Pero me extraña su benevolencia para con usted. Me resisto a pensar que no hayan asociado lo ocurrido con… su candidatura.

—Ya le dije que eso es tan absurdo que…

—No diga tonterías, Cronyn. No hay nada absurdo en ese razonamiento y mucho menos lo habrá para… ellos.

—¿Qué supone entonces que pueda ser?

—Alguna, jugada oculta que le perjudicará —manifesté rudamente—. Puede que tengan un póker, o tal vez una escalera de color…, aunque también puede ocurrir que todo sea un «bluff», pero eso no lo sabremos hasta que no nos muestren sus cartas. Lo cual me temo que no lo harán hasta que nos sea imposible rectificar el juego.

—Entonces, ¿hay que esperar a que ellos muestren su baza? —preguntó Cronyn, siguiendo el símil.

—Usted, sí. Yo, entre tanto, trataré de inclinarme para ver sus naipes, aunque sólo sea de refilón. Y trataré de jugar los míos con audacia, hasta que desbanquemos o nos desbanquen.

Mientras estaba hablando, paseaba mi mirada con indiferencia por el exterior de la cabina. De pronto, me puse alerta. El hombre del traje de sarga azul estaba probando suerte en una máquina tragaperras, a la puerta de un bar cercano. No había en sus ademanes nota sospechosa alguna; eso fue lo que me hizo recelar. Parecía *demasiado* indiferente por todo lo que podía suceder alrededor y, sin embargo, no se apartaba de las cercanías del teléfono.

—¿Qué es lo que debo hacer ahora? —me preguntó Cronyn con una leve nota de burla.

—Lo que mejor le parezca —dije, ásperamente—. No soy abogado y usted sí. Creo que sabrá mejor que yo lo que debe hacer.

—No se enfade, Martin —pidió, suavizando el tono de voz—. Comprendo que cuanto ha hecho y hace es por mi bien, y yo se lo agradezco…

—¡Pero me cree usted un majadero y un iluso que ve peligros donde no existen! —troné—. Pues tal vez le interese saber que hay un detective, vigilando todos mis pasos. Y le aconsejo que no me llame al hotel porque, con toda seguridad, estará intervenida la línea. *Puede* que estén haciendo eso por divertirse y puede que le

crean a usted un inocente pichoncillo ajeno a todo esto… ¡Pero me temo que no es así!

Furiosamente colgué el auricular y salí de la cabina con paso rápido. Al otro lado del hilo debía quedar un hombre hondamente preocupado. Pero eso me importaba un comino; quizá la preocupación le refrescase un poco las ideas y le hiciera ver las cosas con menos optimismo.

Cruzando dos travesías llegué en un minuto a la plaza Denham. Pasaban unos minutos de la una. Vi salir un nutrido grupo de las oficinas del *Daily*. De otros despachos y Oficinas salía también el personal.

En el quiosco de periódicos que había en el centro de la plaza compré una revista ilustrada que me entretuve ojeando, hasta que una conocida voz femenina me interpeló, alegremente:

—Puntual, ¿eh?

Alcé los ojos de la revista para fijarlos en el sonriente y atractivo rostro de Audrey Scott.

—Yo siempre soy puntual —repuse, sonriendo.

—Es una buena cualidad.

—Tengo otras.

—¿Por ejemplo?

—Saber cuándo me siguen.

La risa desapareció de los ojos de Audrey.

—¿Le siguen?

—Mire a su espalda con disimulo. ¿Ve a aquel individuo con traje azul que está mirando los escaparates de la relojería?

—Sí.

—Me viene siguiendo desde que salí de Jefatura.

—¿Es un policía?

—Supongo que sí.

—¿Por qué le sigue?

—Humm… Quizá le he sido simpático.

—No bromee, Doug —pidió ella, con un pliegue de preocupación en su tersa frente—. ¿Ha hecho alguna de las suyas?

—¿Cuáles son las mías?

—Siga haciéndose el tonto si quiere. No le preguntaré nada —dijo, enfadada.

—Creo que ambos estamos haciendo el tonto.

—¿Por qué?

—¿No se ha fijado? Ya es la una y cuarto, tengo un apetito voraz y estoy viendo un magnífico restaurante junto a la relojería que tanto parece interesar a nuestro amigo del traje azul. ¿No cree que deberíamos entrar?

Audrey pareció levemente desconcertada.

—¿Pero no quería que hablásemos primero? —preguntó.

—¿Cómo? ¿Usted me cree capaz de discutir asuntos importantes antes de comer?

Movió la cabeza con resignación.

—Está bien —suspiró—. Se hará como usted desea, aunque se le corte después la digestión.

Me eché a reír, y cogiéndola del brazo me dirigí al restaurante indicado.

CAPÍTULO VIII

—Bien, Audrey, ahora podemos hablar tranquilamente.

—Doug, estoy tratando de ayudarle —dijo brevemente.

—Ya lo sé.

—No me entiende; he acabado convirtiéndome en su cómplice.

—Explíquese. —Exigí con dureza.

—Oculta usted a *Forrest Cronyn* —dijo, suave y tranquila—. Está protegiéndole… y de un modo muy peligroso.

Sonreí burlón, al replicar:

—A mí no me engaña usted, Audrey. Intenta dar en el blanco con un tiro al azar. No sirven sus artimañas, encanto.

Pareció irritarse ante mi acento irónico y habló velozmente:

—Comete un error al creerse el más listo de todos nosotros. Confieso que lo ha hecho todo bastante bien, pero no lo suficiente para engañarme —abrió el bolso y me tiró sobre el mantel un recorte de periódico—. Tenga eso. No creo que necesite leerlo.

Le dirigí una mirada fugaz, lo suficiente para leer el titular:

«DESGRACIADO ACCIDENTE POR EMBRIAGUEZ».

Extendí la mano y estrujé el recorte entre mis dedos. Audrey rió.

—¿Lo ve? —dijo—. He ahí algo por lo que Kendall daría gustosamente el sueldo de un año. Le explicaría muchas cosas: el por qué vino usted aquí, lo que Sturgess se proponía hacer para ganar y también un excelente motivo para una venganza por parte de Cronyn.

—Eso son meras suposiciones —objeté.

—Pero muy ciertas. —Audrey abandonó su sonrisa. Me contempló con seria expresión—. Escúcheme, Doug. Quiero

ayudarle. Ya no puede esperar que yo sea considerada por el Jurado como un «testigo, coaccionado». Sé lo que usted lleva entre manos y esto me convierte en cómplice suyo.

—Aún está a tiempo de no serlo.

—¿Cómo?

—Visitando al teniente Kendall.

—No lo haría por todo el oro del mundo.

Noté una inexplicable sensación emocionada. Puse mi mano sobre la suya, casi sin darme cuenta, y la oprimí cariñosamente.

—¿Por qué, Audrey?

—No sé; quizá soy un poco sentimental.

—¿No se da cuenta del riesgo que corre?

—Sí. Y por vez primera me alegra arriesgarme.

Casi me sentí sumergido en la luminosidad de sus pupilas. Sentí como en sueños el perfume de sus cabellos dorados.

—Gracias, Audrey —susurré—. Es usted adorable.

Inclinó el rostro por encima de la mesa que nos separaba. Su aliento llegó hasta mí. Hubiese deseado que aquel momento durase indefinidamente. Con un suspiro volví a la realidad. Erguí la cabeza y retiré mi mano de la suya. Su cara se coloreó levemente de carmín. Sonreí.

—Olvide todo eso, Audrey. Aún está a tiempo de situarse al margen.

—No, Doug. A veces en la vida, cuando creemos estar a tiempo de hacer una cosa, advertimos que algo más fuerte que nosotros nos lo impide.

Aparenté no comprender la contenida emoción que latía en sus palabras y jugueteé distraídamente con el cuchillo.

—Estoy buscando al asesino —expliqué—. Alguien mató a Thomas Sturgess, quizá alguien a quien conocemos y tratamos.

—¿No fue Cronyn?

—No. Las circunstancias le acusan, pero no creo que él pudiese matarle.

—Sólo con pruebas circunstanciales no pueden acusar a nadie…

—Eso cree usted. He conocido muchos casos en que un cúmulo de circunstancias adversas bastaron para llevar a un hombre a la silla eléctrica.

—¿Steve Gillespie, por ejemplo?

Me envaré al oír el nombre. Miré con verdadera sorpresa a la joven.

—¿Qué ha dicho?

—Creo que lo ha oído perfectamente.

—¿Cómo sabe lo de Gillespie? —inquirí.

—¡Bah! —Se encogió de hombros—. No es ningún secreto. Me sentí interesada por la vida de Sturgess y eché una ojeada al fichero del *Daily*.

—Sus ojeadas son prodigiosas.

—Fue el único caso que Sturgess ha perdido de un modo tan tonto. Se le escapó de las manos el veredicto de absolución. Recibió un buen rapapolvo del Colegio de Abogados por su desgana e indiferencia.

—Cuénteme lo que sepa —apremié.

—No es mucho. Me intrigó un fracaso tan rotundo, precisamente en el mismo año del escándalo con Googie Davis…

—¿Con quién? —Casi grité.

—Googie Davis, la corista del *cabaret* —puntualizó—, se largó de Chicago con Sturgess y se les vio un día en Yuma…

—Sí, todo eso ya lo sé. Hábleme de ella.

—No sé nada. Era una chica bastante atractiva, según dicen. Y hoy he podido comprobar que no andaban equivocados quienes lo aseguraban.

—¿*Hoy lo ha comprobado*? —inquirí, extrañado.

—Sí. Ha sido un acto reprobable, pero lo hice por ayudarle. Conque —sonrió humorísticamente— usted es el culpable de lo que he hecho.

—¿Qué ha hecho?

Sin responder, Audrey abrió el bolso y sacó algo que me tendió con gesto deliberadamente lento.

—Tenga —dijo, lacónica.

Era una fotografía de tamaño postal. La cogí y fijé mi mirada con interés en la muchacha allí retratada. El vestido no podía ser más liviano y daba amplia ocasión de que su poseedora luciese unas formas bastante atrevidas. Parecía guapa, pese al mucho maquillaje que cubría su rostro con una capa de polvos, colorete y cremas.

Pero lo que más me interesó fue la dedicatoria escrita en un ángulo inferior con letra irregular, característicamente femenina: «*A*

Chris, con todo el amor de su Googie».

—¿De dónde cogió esta fotografía?

—Se la quité a mi jefe de su archivo particular. Ya le dije que era una fea acción.

—No se preocupe ahora por eso. ¿Fue esta chica la que huyó con Sturgess?

—Sí.

—¿Y este Chris a quien se refiere la dedicatoria, es Jagger?

—Sí.

—¿Se conocían entonces Jagger y ella?

—Si a eso le llama *conocimiento*… —puntualizó con picardía, señalando la dedicatoria.

—¿Ha vivido siempre aquí Jagger? —Seguí, sin atender a su ironía.

—Oh, no. Llegó hará unos… seis años.

—¿Sabe dónde vivía Jagger antes de venir a Longville?

—En Chicago.

—¿A qué se dedicaba?

—Era redactor de un periódico.

—¿Qué clase de periódico?

Audrey vaciló. Pareció decidirse.

—Está bien. Ya que he empezado, seguiré. Jagger trabajaba en un semanario de esos que se dedican al «chantaje». Ya me entiende. Averiguan un secreto de alguien y le ofrecen a esa persona un hueco para anunciarse en el periódico. El anuncio no sale nunca, pero el espacio de la página suele costar varios miles de dólares.

—¿Sabe en qué circunstancias se conocieron Jagger y Sturgess?

—No. Sólo sé que su amistad data aproximadamente de cuando se vio el caso de Gillespie, o poco antes.

—Muy interesante.

—Creo que hubo cierta rivalidad entre ambos por causa de Googie.

—¿A quién prefería Googie?

—No lo sé. Sólo Jagger podría contestar a eso.

Me incliné a contemplar de nuevo la fotografía.

—Es curioso. Me recuerda a alguien —dije entre dientes.

—¿Qué dice? —preguntó Audrey.

—Nada —sonreí—. Creí por un momento que había visto a

Googie Davis en alguna parte. Pero eso no es posible. Nunca estuve en Chicago…

De pronto, la mano de Audrey oprimió con fuerza mi antebrazo. Alcé la cabeza, sorprendido.

—¿Qué ocurre…? —empecé a decir, pero me interrumpí.

En una mesa apartada se había sentado el hombre del traje azul, que no nos dirigió ni siquiera una mirada.

—¡Otra vez ese hombre! —susurró la joven.

—No le dé importancia —la calmé—. Es un muchacho de Kendall. Sólo un policía puede seguir a alguien con tan poca habilidad.

—¿Sospecha la policía de nosotros? —gimió ella.

—¿A qué negarlo? Kendall está dispuesto a ordenar nuestra detención de un momento a otro.

—¡Dios mío!

—Sí, el caso es grave. Nos obligará a prestar declaración bajo juramento. Habremos de decir la verdad o arriesgarnos a ser perjuros.

—Esto es el fin…

—Casi, casi. Sin embargo, existe una posibilidad de hacerle una jugada a Kendall. ¿Ha oído hablar de cierta ley que impide al marido declarar contra su esposa y viceversa?

Audrey me miró, intensamente atónita.

—¿Quiere decir…? —balbució.

Afirmé, gravemente:

—Sí. Es un recurso desesperado. Hay un avión diario Los Angeles-Yuma. Sería cuestión de horas.

—Pero es absurdo, Doug.

Eludí la mirada de Audrey, temeroso de que leyese en mis pensamientos.

—Después, un viaje a Reno[1] resolvería todo y dejaría las cosas tal como están ahora.

La joven asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, claro.

Llamé con una seña al camarero. Volviéndome a Audrey, continué:

—¿Está dispuesta a salir ahora de viaje?

—Sí, pero tendré que ir a casa y hacer la maleta.

—Sería una torpeza. No podría salir de la ciudad. Kendall nos cortaría el camino.

—Pero no puedo…

—No se preocupe. Comprará en Yuma lo que necesite. Si ahora nos vamos no nos podrán acusar de nada por no existir orden de detención alguna. Vaya a casa a por sus cosas o avise a Jagger y verá aparecer a un agente con una citación o algo así. Entonces no podría salir de Longville.

Pagué al camarero el importe del almuerzo y me puse en pie, mirando de soslayo al hombre de azul.

—Nos está vigilando —advertí, sin mover los labios—. Habrá que despistarle o no llegaríamos a Los Angeles.

Audrey se levantó, evidentemente nerviosa. El paso que íbamos a dar era decisivo y muy arriesgado.

La cogí del brazo y cruzamos con toda calma el restaurante, saliendo a la calle. Había un taxi parado junto al bordillo. No me fié de semejante casualidad y llamé a uno que pasaba.

—A Los Angeles —indiqué al chófer.

El auto arrancó. Me volví con disimulo y miré por la ventanilla posterior. Sonreí al ver salir al hombre del traje azul, que tomó el taxi parado sin perder un momento. El vehículo arrancó cuando aún no había cerrado la portezuela, lo cual confirmó mi impresión de que el chófer de aquel taxi pertenecía a la policía.

Me volví a nuestro conductor y grité:

—Despiste a ese taxi que nos sigue y se ganará cinco dólares. No le haga ver que nos dirigimos fuera de la ciudad.

Por el espejo retrovisor capté la sonrisa comprensiva del taxista.

—No se preocupe —dijo, alegremente.

El taxi empezó a doblar esquinas como si se hubiese vuelto loco. Así siguió por espacio de unos minutos. Al principio, nuestros seguidores se mantuvieron detrás. Pero pronto a nuestras espaldas vimos la calle libre de molestos espías. El chófer rió.

—¿Lo ve? Ya les despistamos. ¿A Los Angeles?

—Sí.

El automóvil se encontró, instantes después, sobre la ancha cinta asfaltada de la carretera. Respiré tranquilo y pasé mi brazo por el de Audrey, acurrucada a mi lado y sombrío su rostro.

—¿Feliz, querida? —Sonreí.

Me miró sorprendida y yo amplié mi sonrisa.
—¿Acaso olvidas que ya eres mi prometida?
Ella inclinó el rostro.
—Sí, claro —asintió con tono indiferente.

CAPÍTULO IX

Cuatro días después, el autobús de Los Angeles nos dejaba nuevamente en Longville. Recorrimos a pie la distancia entre la estación de autobuses y el hotel.

—¿Hay algo para mí? —pregunté al conserje.

—¿Ha vuelto usted ya? —exclamó, sorprendido.

—Creo que sí.

Dirigió una mirada rápida a Audrey, con quien iba del brazo, y luego habló brevemente:

—Le buscaban a usted infinidad de personas.

—No sabía que fuese yo una persona importante.

—Pues al menos lo parece, míster Martin. Han preguntado por usted los chicos del «City *Post*» e incluso el mismo director, míster Cronyn, el futuro fiscal, y hasta el teniente Kendall, que fue el más irritado de todos al saber que no había usted vuelto.

—¿Recibieron el giro que les envié?

—Sí, señor —el conserje sonrió—. Y vimos que procedía de Yuma.

—¿Se lo dijeron a alguien?

—Acostumbramos a guardar absoluta discreción sobre los asuntos de nuestros huéspedes.

Eché un billete de dólar sobre el mostrador.

—Guárdelo —dije con indiferencia.

Subí a mi habitación. Había tenido la buena idea de llevarme la llave conmigo. La extraje del bolsillo y abrí la puerta. Me volví a Audrey.

—Aunque no es nuestro hogar, puedo entrarte en brazos. Es la tradición.

—No digas tonterías —censuró—. La situación no está para

bromas.

—Yo no la veo tan mal —dije risueño.

Ella volvió la cara y me escrutó, inquisitiva.

—¿Has averiguado algo en Yuma? —interrogó.

—Lo suficiente para mirar confiadamente al futuro.

—No estoy yo tan segura de eso.

Alguien golpeó en la puerta.

—¿Quién llama? —pregunté elevando la voz.

—Abran a la Ley —dijo una voz imperiosa.

Cruzamos una mirada significativa. Después abrí con decisión. Un agente uniformado saludó, sonriendo, y me tendió una papeleta amarilla.

—Es una citación para comparecer ante el Juzgado del distrito —aclaró el agente—. Usted es Douglas Martin, ¿verdad?

—Parece saberlo ya muy bien —gruñí tomando la citación judicial.

Como por casualidad, los ojos del policía se posaron sobre Audrey.

—¿Cómo? ¿*Miss* Audrey Scott? —Imitó muy mal la sorpresa—. Traigo otra orden para usted.

Sacó del bolsillo otra papeleta amarilla y se la entregó a Audrey, que la tomó tras corta vacilación.

Con un saludo final el agente se alejó pasillo abajo. Cerré la puerta y miré a Audrey mientras jugueteaba con la orden de la Ley.

—Estaban vigilando el hotel; esperaban nuestra llegada y no han perdido un momento en darnos la citación. Ahora no podemos salir ya de este distrito.

Eché una mirada al papel y lancé un silbido.

—¡Uh, uh! Esta tarde a las cinco y cuarto tendrá lugar la vista previa.

—¿Es un juicio? —me preguntó Audrey, alarmada.

—No; es un examen previo de las circunstancias que hace el fiscal del distrito. ¿Quién es ahora el fiscal?

—Hay uno interino, un tal Harry Wilson; preside la Fiscalía hasta la próxima semana.

Consulté mi reloj.

—Son las doce y diez. Tenemos casi cinco horas por delante. Espérame aquí, querida, y no te muevas.

—¿A dónde vas?

—No te preocupes por mí. Voy a recoger unos informes.

* * *

Cuando Mac Donald me vio entrar en su despacho se puso en pie de un brinco. No me había hecho anunciar y mi entrada le llenó de sorpresa. Habló casi a gritos:

—¡Vaya una jugada! De la noche a la mañana se le ocurre a usted desaparecer y nos deja plantado aquí, sin decirnos siquiera a dónde va. ¿Se volvió loco de pronto?

—Algo así —admití, riendo—. Hice un viajecito hasta Yuma.

—¿Yuma? —exclamó—. ¿Y qué diablos fue a hacer allí?

—¿Ha vuelto Carter? —inquirí, sin responder.

Renovó su irritación.

—¡Otra de sus *hazañas*, Martin! Se larga usted y además nos envía fuera a Carter. ¿Se cree que estamos en época de vacaciones?

—Déjese de rapapolvos y contésteme. ¿Volvió ya Carter?

—Sí. Regresó anoche.

—¿Y está ahora en la redacción?

Por toda respuesta, Mac Donald abrió el dictógrafo.

—Que venga Carter —ordenó, cerrando otra vez.

No tardó ni un minuto en aparecer en el despacho el trepidante *reporter*.

Me contempló risueño y estrechó mi mano.

—Hola, Martin. ¿También usted sintió en su pobre corazón ansias de libertad?

Mac Donald dio un bufido. Conteniendo la risa pregunté a Carter:

—¿Qué averiguó en Chicago?

—Muchas cosas.

—Desembuche, pronto.

—No le dejan respirar a uno. Bien, ahí va: en el «Golden Sky», *cabaret* propiedad de José Bafoulos, un griego traficante en cocaína y morfina, trabajaba en abril de 1938, una corista llamada Googie Davis, que gastaba mucho más de lo que una corista suele ganar… en su profesión.

—Ya. Continúe.

—Googie tuvo relaciones con un comerciante de Chicago, llamado Steve Guillespie. Éste era casado y su esposa parece ser que se enteró de la infidelidad de su marido. Le armó la gorda y de las palabras pasaron a los hechos. El caso es que, desgraciadamente, la disputa tuvo lugar en la cocina. Ella le golpeó con un rodillo y le hirió en la sien. Furioso, Guillespie cogió lo primero que le vino a mano y descargó un golpe sobre el cráneo de su esposa. Lo que él había cogido era un hacha de cortar carne. La mató. Fue procesado y Thomas Sturgess se encargó de su defensa.

»El pobre diablo —siguió diciendo el joven reportero— sostenía que no la había asesinado y que fue un golpe accidental. Luego dijo que fue en defensa propia. Más tarde, llevado de una momentánea irritación, aseguró que lo haría gustoso otra vez si se presentase ocasión. Sturgess pudo haber defendido el caso basándose en el hecho de que era un acto irreflexivo de propia defensa.

»Pero defendió el caso con una desgana increíble. Los tres primeros días de la vista de la causa llevó la cosa muy bien. Después decayó inexplicablemente y su actuación estuvo llena de fallos. Esto, unido a las contradicciones, del acusado dieron al traste con toda posible circunstancia atenuante. El veredicto fue el peor. El Colegio de Abogados amonestó a Sturgess por su falta de entusiasmo y de ética profesional dejándose ganar un juicio que no podía perder de ningún modo.

»Algún tiempo después —continuó Carter—, en agosto del mismo año, Sturgess empezó a frecuentar el “Golden Sky” y la compañía de Googie Davis, la amante de Guillespie. A mediados de setiembre ambos desaparecieron. Alguien les vio en Yuma, y en enero de 1939, Googie reapareció en el *cabaret*, pero Bafoulos no quiso admitirla por su jugada de abandonarle sin decir palabra.

»Se sabe que Googie recorrió algunos cafetines de Chicago y después se perdió su pista. Ignoro a dónde fue y en qué lugar puede estar ahora. Hay quien dice que salió del país con documentación falsa.

—¿Eso es todo lo que averiguaste?

—No, hay algo más. Me puse en comunicación con un amigo mío de Yuma y le dije que revisase todos los registros matrimoniales. Parece ser que alguien se le había adelantado y…

—Fui yo —le interrumpí.

—¿Tú? ¿Luego estuviste en Yuma?

—Sí. Recorrí todos los juzgados.

—Y averiguaste…

—Que el juez de paz, Simmons celebró el 26 de setiembre de 1939 un matrimonio entre Googie Davis y Thomas Sturgess.

—Exacto —confirmó Carter—. Y fueron testigos de la boda Christopher Jagger y una tal Kathryn Damberston en cuya casa vivían.

—Sí. Visité a esa señora y no saqué nada en limpio. Sturgess y Googie vivían ya en su casa antes del matrimonio. Estuvieron allí hasta el 12 de diciembre del mismo año, en que se largaron sin decir a nadie una palabra. La señora Damberston encontró el dinero que se le debía encima de la mesilla del cuarto de ellos. Había también una nota que venía a decir, sobre poco más o menos, que teniendo que salir urgentemente de Yuma le agradecían cuanto había hecho y dejaban el importe de la última semana. Jagger, que ocupaba otra habitación en la casa, permaneció allí hasta la víspera de Nochebuena, en que se despidió de la señora Damberston y abandonó Yuma. No había parecido mostrarse muy sorprendido por la súbita marcha de sus amigos e incluso se le notó más alegre al saberlo.

—Eso no pude averiguarlo yo.

—Pero yo sí. Y dime, Carter: ¿trataste de encontrar la actual residencia de Googie Davis?

—Sí, pero no conseguí nada. Como te he dicho, su pista se pierde a raíz de 1939, en que recorrió algunos locales poco recomendables de Chicago. Sin embargo, una mujer que respondía a sus mismas señas vivió en el «Continental» de Los Angeles hace menos de un año. Conseguí una fotografía de su firma en el registro del hotel. Hube de sobornar al conserje para…

—Ahórrate detalles. Ya nos los explicarás luego en la nota de gastos.

—Bien, pues confronté la firma de esa mujer. Se inscribió con el nombre de Betty Smith. No le faltaba originalidad, ¿no crees? —comentó burlón— puedes creer que la letra era igual a la de Googie Davis, que conseguí gracias a un contrato de Bafoulos. Incluso sigue conservando la rúbrica, quizá inconscientemente.

—¿Se sabe a dónde fue desde allí?

—El día que se fue del «Continental» cogió un taxi hasta la parada más cercana del autobús. Los Angeles-Longville. Un botones del hotel recordó ese detalle porque ella le dio una considerable propina.

—¿Pudo describírtela?

—El muchacho no está muy seguro de que su memoria le sea enteramente fiel, pero cree recordar que era una joven muy guapa, de menos de treinta años, vestida con mucha sencillez y sin maquillaje en el rostro. Recordé la fotografía de Googie y sonreí.

—¡Vaya! Nuestra *miss* Davis ha cambiado de costumbres por lo visto.

—¿Qué dices?

—No, nada. Sigue.

—Es cuanto he podido saber. Parece deducirse que vino a Longville para algo. Desde luego, puedo anticiparte que no tenía la más remota idea de que pudiese haber venido Googie Davis a esta ciudad. Si realmente ha sido así nos costará algún trabajo dar con ella. Tal como nos la han descrito puede pasar inadvertida allí donde vaya. Resulta una mujer corriente.

—Demasiado corriente —gruñí.

—¿Sospechas que es una vulgaridad *premeditada*?

—No lo sospecho. Lo sé positivamente. Bueno, Carter, gracias por tu buena labor. He de irme.

Hice acción de dirigirme a la puerta. Un grito de Mac Donald me detuvo:

—¡Espere, Martin! ¿Piensa largarse otra vez?

Me acerqué a él y le enseñé, sonriendo, la citación judicial.

—¿Cree que puedo alejarme mucho con *esto* en el bolsillo?

—¿Le han citado para la vista previa de esta tarde? —inquirió innecesariamente Mac Donald.

—Sí. ¿A usted no?

—No, claro. ¿Para qué iban a citarme a mí?

—Hum, no sé. Quizá el amigo Kendall ignora que *usted* estuvo a las cuatro y media en casa de Sturgess…

Y ampliando mi sonrisa salí del despacho casi sin mirar el rostro pálido de mi jefe.

Avancé por la antesala hasta que a mis espaldas batió la puerta del despacho y un Mac Donald descompuesto se interpuso ante mí.

—¡Espere, Martin! —exclamó imperativo—. ¡Ha debido volverse loco!

Le contemplé con burlona tranquilidad.

—¿Cree que me he vuelto loco? —pregunté.

Mac Donald me cogió por el brazo y, después de mirar de reojo a la mecanógrafa que nos contemplaba curiosamente mientras mascaba goma, me empujó con suavidad hacia el despacho. Una vez dentro cerró con violencia la puerta y me miró irritado.

—¿De dónde diablos ha sacado que yo estaba en casa del fiscal asesinado a la hora en que lo mataban? —bramó.

—Yo no dije eso —repuse con suavidad—. Dije que usted fue allí a las cuatro y media pero no *necesariamente* que ésta fuese la hora del crimen.

—Así, ¿a qué hora cree usted que lo mataron?

—No sé; quizá a las cinco menos cuarto. Cuando usted estuvo él aún vivía…

—¿Cómo lo sabe?

Inmediatamente se detuvo, comprendiendo que se había delatado. Carter, recostado en un sillón, soltó una risita. Nerviosamente, Mac Donald se metió las manos en el bolsillo.

—Bien, ya lo sabe, entonces. *Estuve* allí a las cuatro y media.

—No melodramatice la situación, jefe. No le he querido acusar de nada. Usted fue a ver a Sturgess, ¿verdad? ¿Quiere explicarme lo qué sucedió?

—Le aseguro, Martin, que yo no…

—Repito que no lo creería nadie a usted un asesino. Cierto que es algo cascarrabias —sonreía—, pero no sería capaz de matar a nadie. Ahora, ¿puede decirnos todo lo que se relacione con Sturgess?

Mac Donald habló reposadamente:

—Aunque Sturgess era el contrario de aquél cuya candidatura apoyamos, era a fin de cuentas, el fiscal de este distrito y como tal, el único encargado de los asuntos delictivos aquí. En esta ciudad se persigue el juego, por considerarlo fuente de muchos males. Sin embargo, en algunos locales se juega secretamente. Uno de ellos es cierto establecimiento contiguo a donde yo vivo.

»Aun no hace muchas, noches, parece que desplumaron a un incauto cuyo raciocinio enturbiaban los vapores del alcohol. Lo

malo fue que, por lo visto, el hombre aun no estaba tan borracho como sus compañeros de juego creían: acabó percatándose de que le estaban despojando con trampas y armó un jaleo fenomenal. A su contrincante más cercano le abrió la cabeza de un botellazo y los demás le atacaron a él, armándose un cisco de mil demonios. Yo que estaba fumando un cigarrillo, asomado a una ventana de mi casa y gozando de la magnífica noche, no pude por menos de oír golpes, gritos y estrépito de vidrios rotos. Ya sabe usted lo bien que se percibe todo en el silencio nocturno, y más si es en pleno verano.

»Pues como le decía —prosiguió—, al oír todo aquel escándalo me apresuré a bajar y entré en el establecimiento, en cuya trastienda tenía lugar la refriega. Intenté apaciguar los ánimos y casi lo había logrado cuando llegó la policía, que nos detuvo a todos creyendo que yo también formaba parte de los jugadores. Cuando Sturgess me vio comprendió que había en todo aquello una confusión.

»Me llamó a su despacho y allí le aclaré los hechos. Se rió de muy buena gana, pero he de confesar que se portó como un hombre justo e inteligente. Me puso en libertad inmediatamente y tachó mi nombre del expediente. Pero tenía que cumplir un requisito: entregarle una declaración firmada como testigo de lo sucedido aquella noche en la trastienda.

»En cuanto me fue posible redacté la declaración solicitada y creí conveniente llevársela cuanto antes para que pudiese ser incluida en el expediente.

»El día de autos, a las cuatro y cuarto, salí de mi casa y me encaminé a la de Sturgess. Fui paseando, pues no tenía prisa. Llegué a las cuatro y veintitantos minutos. Subí y llamé: me abrió el propio Thomas. Estaba solo en casa. Me condujo a su despacho y guardó mi declaración en un cajón de su mesa. Creo que aun no eran las cinco menos veinte cuando me despedí de él. Tenía prisa por llegar a la redacción —y añadió—: Eso es todo.

—No puede ser todo —objeté suavemente—. ¿A quién encontró usted cuando salía de allí?

Se mostró realmente sorprendido.

—¿Cómo sabe que encontré a alguien?

—*Tuvo* que encontrarse con el asesino —pronuncié sin excitarme —. Es materialmente imposible que él tardase en llegar. La persona

que mató a Thomas Sturgess tuvo que llegar necesariamente *antes* de las cinco menos cuarto.

Mac Donald movió la cabeza con pesimismo.

—No puedo hacer nada, Martin —se lamentó—. Usted ya sabe lo oscura que está durante el día la escalera de la casa de Sturgess. Recuerdo que cuando yo bajaba alguien subía apresuradamente. Me aparté a un lado para dejar paso y saludé por cortesía. Pero no recibí respuesta y aquella persona continuó subiendo. Con un gruñido por lo que juzgué falta de educación, proseguí el descenso.

Excitadamente, me acerqué a mi jefe. Aquello destruía todas mis esperanzas.

—¡Pero tuvo que ver si era hombre o mujer!

Su mirada se animó al responder con ímpetu:

—¡Eso sí! *Era una mujer*.

—¿Seguro? —inquirí.

—Claro. Vi su cabello largo, creo que era oscuro, y oí crujir su falda cuando subía. Era una mujer, sin duda alguna.

—*O. K.*, jefe. Es suficiente. Adiós.

Y sin darles tiempo a replicar siquiera salí del despacho y cerré con un violento portazo.

CAPÍTULO X

En un taxi me trasladé nuevamente al hotel. El asunto comenzaba a aclararse de un modo más rápido de lo que yo imaginé en un principio.

Nada más entrar en el vestíbulo del hotel me figuré que algo singular ocurría. Dos agentes de policía uniformados guardaban la puerta del ascensor y el hueco de la escalera. Un tercer policía hojeaba indolentemente una revista, sentado junto a la puerta de la calle. Pude advertir que al entrar yo este agente pareció perder toda su indolencia y, abandonando la revista, se situó cerrando la salida.

Sin demostrar que toda la maniobra había sido apercibida me acerqué a la conserjería.

—¿Está *miss* Scott arriba? —pregunté con deliberada despreocupación. Los ojos del conserje, girando aceleradamente en sus órbitas fueron de un policía a otro y, por último, se detuvieron sobre mí.

—Pues… le diré… yo… —balbuceó.

—*Miss* Scott está en Jefatura, si es eso lo que quiere saber —explicó una voz hostil a mis espaldas.

Envarado, giré lentamente y clavé mi mirada en el policía que frente a mí sonreía con dureza. Arqueé las cejas, en muda interrogación. Comprendiéndola, añadió el agente:

—Detenida bajo la acusación de complicidad en un asesinato.

—¿Y a mí de qué se me acusa? —pregunté.

Vaciló, evidentemente sorprendido.

—No he dicho que vaya a detenerle —observó.

—Pero va a hacerlo —sonreía—. ¿No es eso?

Afirmó, sin borrar su sonrisa. Extendí ambas manos con las muñecas juntas.

—Coloque las «pulseras» —invité tranquilamente—. Está deseándolo.

—Es usted un tipo raro —gruñó, sacando las esposas de un bolsillo—. Esperábamos que resistiese.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—Claro. Por eso trajo a sus dos compañeros —me permití una risita burlona—, pero no soy Dillinger. Jamás me opongo con la violencia a una orden de la policía.

Me volví al conserje y dije:

—Esta tarde volveré. No le pago ahora —otra vez giré la vista hacia el agente—. Cuando quiera.

Salí del hotel entre los tres policías, sin recatarme de mostrar las esposas que ceñían mis muñecas. Algunos transeúntes se pararon a contemplarme. Sonriendo, entré en el auto de la policía y me acomodé entre mis aprehensores con un suspiro de fatiga.

Arrancó el coche y bostecé aburridamente.

Me recosté, indolente, y dejé vagar mi mirada por el rápido desfilar de los edificios a ambos lados del coche. No volví a pronunciar palabra hasta que el automóvil se detuvo ante la Jefatura. Fui rápidamente conducido al despacho de Kendall. Cuando entré, pude ver en un ángulo de la estancia a Audrey, vigilada por un agente. Kendall estaba en pie ante ella y se volvió vivamente al entrar nosotros. No vi taquígrafo alguno por allí.

—Hola, Martin —saludó con sequedad—. Le sientan muy bien esas pulseras.

—Sí, no están mal —admití—. Son elegantes.

—No ha perdido su cinismo, ¿verdad?

—Por lo que veo, tampoco usted perdió el suyo.

—Bromee, si quiere —gruñó—. Le queda poco tiempo para lucir su buen humor.

—¿Me van a ahorcar ya?

—Yo, en su lugar, me ahorraría ironías.

—Pero da la casualidad de que en *mi* lugar estoy yo.

—¿Hasta cuándo estará usted?

—No sé. Según usted, hasta que el competente Jurado del tribunal de este distrito me envíe al diablo.

—No esperaba tan pronto esta detención, ¿verdad?

Moví negativamente la cabeza.

—Confieso que no. Aunque nunca he confiado gran cosa en su inteligencia, no llegué a suponerle tan idiota.

—¿Cree que se escapará de mis manos como lo ha hecho otras veces? —gritó irritado Kendall—. ¡Pues se equivoca de medio a medio!

—Me temo que el equivocado es usted, teniente. ¿De qué me acusa?

—De sobra lo sabe, Martin. Asesinato en primer grado.

—Muy bien. ¿Asesinato perpetrado en la persona de Thomas Sturgess, *dignísimo* fiscal de este distrito?

—Exacto —afirmó Kendall, pasando por alto el tono dado a la dignidad del muerto—. Y *miss* Audrey Scott es su cómplice en el delito.

Miré un instante a Audrey. En sus ojos vi un reflejo de inquietud. Me volví sonriendo al teniente.

—¿Olvida que tenemos una coartada? —pregunté.

—No lo he olvidado un solo momento —entornó los ojos con peligrosa suavidad—. *¡Pero es falsa!*

—¡Por favor, teniente! —dijo entre risas—. ¡No sea ridículo! ¿Cómo y para qué iba yo a matar a Sturgess?

—Eso nos lo aclarará… —hizo una pausa dramática—, *miss* Audrey Scott.

—¡Ah, ya! *¿Cherchez la femme?* —sugerí sarcástico.

—Debió comprender que su alivio no duraría mucho —dijo Kendall, sin responder a mi irónica exclamación—. Lo que es falso no tarda en descubrirse.

Me dejé caer en una silla, con gesto de hastío.

—No puedo soportar sus truculencias, teniente —suspiré—. ¿Quiere explicarme cómo piensa destruir mi coartada? *Miss* Scott la confirmará punto por punto.

—¡No la confirmará cuando declare bajo juramento! —tronó el teniente—. ¡Se verá obligada a decir la verdad!

—¿Y cuál es la verdad?

—Que usted no se encontró con ella en la plaza Denham, ni la acompañó hasta la casa de Sturgess ni nada de eso. Ella le ha hecho el juego creyendo que con ello se salvaba, sin darse cuenta de que todo era un sucio truco de usted para eludir el bulto y cargar a otro

el mochuelo.

—¿Eso equivale que ella declare en contra mía?

—¡Sí!

—¿Y desde cuándo se permite en el Estado de California que una mujer declare contra su esposo?

Reinó un silencio mortal. Al principio, Kendall no pareció advertir el alcance de mi pregunta. Me miró desconcertado, y luego su mirada se dirigió hacia Audrey que, con alegre sonrisa, frotó su anillo de boda contra la tela del vestido, como si intentase sacarle brillo.

—¿Se han casado? —preguntó con acento duro.

—Así es —admitió, sonriendo—. Hace exactamente veinticuatro horas.

Toda su frialdad ominosa se evaporó. Abrió los ojos desmesuradamente, su rostro enrojeció y dio una salvaje patada sobre el pavimento al tiempo que rugía:

—¡Maldito sea! ¡Es usted un asqueroso bribón! ¡Le juro que…!

Siguieron algunas otras palabras mucho más gruesas y desagradables. Le dejé que se desahogara, temiendo que de un momento a otro fuese víctima de un ataque de apoplejía. Cuando acabó su retahíla de imprecaciones y se mostró más calmado hablé yo con suavidad:

—¿Quiere quitarme estas esposas, teniente?

—¿Tiene siempre jugadas como éstas reservadas en el hueco de la manga? —preguntó ásperamente.

—No; sólo hago trampa cuando sé que los demás guardan también naipes en su bocamanga. Es cuestión de anticiparse en la extracción de la carta.

—Y esta vez fue usted quien se anticipó.

Sonreí sin responder nada y luego me puse en pie con pereza. Extendí los brazos.

—¿Quiere hacerme este favor?

Sin replicar palabra, Kendall sacó una llave del bolsillo y me abrió las esposas, que se guardó después en la chaqueta.

—Gracias —dije, frotándome las muñecas.

Audrey se había levantado y se acercó a mí. La cogí suavemente por los brazos y miré sus dulces pupilas. Kendall nos contempló, vigilante.

—Tuvo prisa en casarse, ¿eh? —dijo.

—Sí. Nuestra pasión era tan grande que no podíamos esperar más —expliqué, burlón, sin demostrar que me apercibía del sombrío gesto de Audrey.

—Ya. Muy romántico; un nuevo idilio entre dos apasionados mancebos señalados por el injusto estigma de sospechas monstruosas —sus palabras rebosaban sarcasmo. Continuó—: ¿Se casaron en Los Angeles?

—No, en Yuma.

—Debí suponérmelo. Casi un matrimonio secreto. Es su manera de jugar. Estoy seguro de que no será leal ni siquiera con ella.

—¡Basta ya, Kendall! —grité—. ¡Su insignia no le da derecho a insultar a nadie! Además, usted sabe que yo no maté a Sturgess.

—¿Por qué voy a saberlo yo?

—No es tan tonto. Su propósito era evidente; quería destruir mi coartada para que yo, en último caso, y viéndome casi sentado ya en la silla de Sing-Sing, confesase a *quien estaba encubriendo*.

—¿*Confiesa* estar encubriendo a alguien? —interpeló rudamente.

—No confieso nada —reí—. Estaba explicando lo que usted se proponía, al detenemos.

—¿Y me equivocaba al proponerme esto?

—No sé —dije—. Usted es quien lo sabrá. ¿Podemos irnos?

Esperaba una réplica violenta, pero esta vez se portó Kendall bastante bien. Refrenando su irritación señaló con brusco ademán la puerta.

—Lárguense —ordenó—. Pero si esta tarde faltan a la vista previa…

—Sería una tontería por nuestra parte, teniente —sonreí antes de salir con Audrey.

CAPÍTULO XI

La vista de aquella tarde no tuvo nada de notable ni aportó descubrimiento alguno al caso. El fiscal interino, Harry Wilson, llevó la revisión de los hechos con rutinaria eficiencia, haciendo desfilar a todos los testigos. Audrey y yo también declaramos, sin inconveniente alguno, porque nada se nos preguntó acerca de la coartada. El «coroner» llegó a la ya prevista conclusión de «asesinato en primer grado cometido por persona o personas desconocidas, probablemente con intervención de una mujer». Esta última posibilidad quedó admitida por el fiscal cuando oyó la declaración de Lee Mac Donald.

A las siete y cuarto se dio por terminada la revisión previa del asunto. Cuando Audrey y yo bajábamos los escalones del Juzgado se nos acercó Kent Carter con su proverbial dinamismo.

—Hola, chicos —saludó, risueño—. Os felicito. No sabía nada de vuestra boda.

—Olvidé decírtelo. Fue tan rápido…

—Sí, claro —asintió Carter despreocupadamente—. Oye, Doug: ¿sabes alguna cosa nueva?

—Nada —repuse—. En realidad, no lo necesito.

—¿Qué quieres decir?

—*Lo sé todo* —sonreí.

Carter dio un respingo.

—¿*Sabes* quién mató a Sturgess? —preguntó en tono demasiado alto.

—Sí —admití. En aquel momento pasó junto a nosotros Helen Cronyn, acompañada de Nelly, su doncella. A ambas saludé cortésmente. Luego me volví de nuevo a Carter—: Sí, amigo —continué—, conozco hasta el más insignificante detalle relativo al

asesinato del fiscal de Longville.

—¿Y qué haces ahí tan tranquilo? —explotó el reportero, con los nervios en tensión.

—No puedo hacer nada. Eso es lo terrible, amigo. Sé quién asesinó a Sturgess y sin embargo, he de estarme de brazos cruzados. No tengo prueba alguna para acusar a nadie. Sólo deducciones, acertadas sin duda alguna, pero inútiles ante un Jurado.

Audrey dio muestras de emoción.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió.

—Esperar.

—¿Esperar qué? —saltó Carter, impulsivamente.

—No sé. Sólo esperar. Algo tiene que ocurrir. Algo que no sé lo que será. Hasta que ese *algo* ocurra no hay otro recurso que esperar.

—Pero ¿no te das cuenta que hay un asesino suelto en la ciudad… y que todos peligramos? —insistió.

—Me doy más cuenta que tú. Pero nadie peligra. Mataron a Sturgess y eso fue todo. No es ningún maniático ni ningún loco. Es un ser humano, cruel si quieres, pero humano a fin de cuentas.

—¿Quién es, Doug?

—Eso no puedo decírtelo, Carter —y me alejé llevando del brazo a mi esposa.

¡Mi esposa! Al pensar en ello miré de soslayo a Audrey. Su bello perfil, los rubios cabellos, todo ello formaba un conjunto atractivo, seductor. Y era mi mujer.

El sol ardiente de California se ocultaba ya tras los edificios de Longville, en su marcha hacia el horizonte. Las sombras se iban alargando paulatinamente. No hablamos nada hasta llegar al hotel. Ella no despegó los labios y yo respeté su silencio.

La dejé en la salita de lectura, hojeando una revista de modas parisina, y yo me fui a la redacción, del «*Post*».

Mac Donald me esperaba. Nada más saludarle fui a mi recién habilitado despacho, me puse ante la máquina y escribí un resumen de la vista preliminar. Acabada la última cuartilla la saqué violentamente de la máquina y escribí un artículo de fondo sobre la inactividad de la policía en aquel caso; insinué con dureza que el teniente Kendall, siguiendo pistas equívocas, había descuidado la parte fundamental del asunto: la lógica.

Una vez leídos por encima, Mac Donald los pasó a la sala de

máquinas para que se compusiese rápidamente y pudiera salir en la edición especial de la noche.

Vi por mi reloj que eran las ocho y veintiséis minutos. Volví a sentarme a la máquina y tras dos o tres tentativas fallidas, empecé una carta dirigida a J.
P. Be
nson, Agencia de Detectives, Los Angeles.

«Distinguido míster Benson:

»Su silencio sobre aquel asunto acerca del cual me escribió a Nueva York resulta ya inútil. Sé quién investigó acerca de mí, pero es preciso que usted se olvide por una sola vez de su condenada ética profesional y me confirme, *por escrito*, el nombre de la persona que buscó informes míos y que *les pagó para que ustedes fingiesen comunicarme confidencialmente lo que ocurría*.

»Espero tenga un poco de prudencia, aunque sólo sea la suficiente para no andarse con estúpidos tapujos en un caso de asesinato que trae muy interesada a la policía.

»Sin otro particular, reciba un saludo afectuoso de su affmo:

»*Douglas Martin*».

Acababa exactamente de firmar y me disponía a escribir la dirección del destinatario en un sobre con membrete del «City *Post*», cuando Claire entró en el despacho.

—Míster Martin, le llaman por teléfono —avisó.

—Póngame la comunicación aquí.

Salió la joven mecanógrafa y un instante después repiqueteó él teléfono de mi mesa.

—¿Diga? —Gruñí.

—¿Míster Martin? —habló una voz femenina—. Soy la doncella de míster Cronyn. El señor está preocupadísimo y desea verle con

urgencia. Estuvo aquí hace unos instantes uno de esos tipos de Jefatura y hubo una violenta discusión. Cuando el polizonte se fue, míster Cronyn me pidió le llamase a usted en seguida. Me ha costado bastante encontrarle. En el hotel me dijo su… esposa que usted no estaba y que llamase al «*Post*».

—Bien, voy inmediatamente.

Colgué, con el ceño fruncido por la preocupación. ¿Qué mala nueva me esperaba? Para hacer tal llamada, Cronyn debía estar en un horrible estado de ánimo. Sin hacer el sobre para la Agencia Benson guardé en mi bolsillo la carta escrita y salí disparado del despacho.

Ya cerca de la calle tropecé con Carter, que me miró extrañado.

—¡Chico, qué prisas! ¿Vas a detener al asesino? —preguntó.

—No sé siquiera lo que voy a hacer —dije ya desde la acera y saltando a un taxi estacionado junto al bordillo.

—¡Volando a Norton Hill, residencia de Forrest Cronyn! —grité al chofer, que me miró un poco sorprendido.

El automóvil, una vez fuera del casco urbano, voló materialmente por la carretera.

Un ómnibus se cruzó con nosotros y le vi desaparecer como un relámpago a nuestras espaldas.

—¡No es usted sólo quien tiene prisa! —gritó el chófer, volviendo el rostro a medias—. ¡Mire ése!

Un «Cadillac» azul de aerodinámicas líneas pasó al lado del taxi con la velocidad de una exhalación. Por un momento me pareció que era el de Cronyn. Pero su extraordinaria rapidez, unida a la de nuestro coche, me hizo imposible su identificación.

Volví mi atención a la cinta de la carretera. Minutos después, el coche fue aminorando la marcha hasta detenerse frente a la verja de Norton Hill.

Salté del coche y pagué el taxi.

El taxi giró y se alejó nuevamente hacia Longville. Yo me dirigí a la verja y tiré de la cadenita. Casi simultáneamente se abrió la puerta de la casa y la figura que supuse de Nelly cruzó a toda prisa el jardín. La doncella me franqueó el paso.

A la incierta luz del atardecer pude notar la inquietud que reflejaba su rostro.

Me precedió hasta el vestíbulo. Una vez pasé yo, cerró tras sí la

puerta y señaló al despacho.

—Entre, míster Martin —indicó—. Míster Cronyn bajará ahora.

Crucé el vestíbulo, y entré en la biblioteca-despacho del candidato. Al principio me creí sólo allí. Una voz conocida me saludó alegremente:

—¡Hola, Martin! ¿También a usted le llamó?

Miré con sobresalto hacia el ángulo de la sala donde estaba la gran mesa llena de papeles. Christopher Jagger, sentado cómodamente en un sillón, me miraba con la risa bailoteando en sus pupilas.

—Hola, Jagger —respondí secamente cruzando la estancia y sentándome en otro sillón, frente a él—. ¿Para qué le llamó Cronyn a usted? —pregunté.

—No lo sé —gruñó encogiéndose de hombros—. Se limitó a mandarme un aviso telefónico a la redacción.

—Ya.

Fumé en silencio, fija la vista en el techo y examinando mentalmente cuanto ocurría… Mis músculos se pusieron tensos cuando vi claro.

—Se retrasa mucho Cronyn —comenté.

—Sí —dijo brevemente Jagger.

Me sentí molesto y me puse en pie.

—¿Se va? —preguntó con sorpresa.

—No. Voy a telefonear un momento.

—Yo de usted no haría eso, Doug.

Contraje las pupilas al clavar en él mi mirada alerta. Pude notar, sin dificultad alguna, su mano metida en el bolsillo de la americana, y también la marcada pronunciación bajo la tela de algo duro y rígido.

Volví con lento paso al sillón, seguido sin cesar por la mirada glacial de Jagger. Me senté tranquilamente y sonreí burlón.

—¿Espera ganar tiempo hasta que venga ayuda? —preguntó Jagger—. Si es así, me apresuraré a quitarle esas hermosas esperanzas. Ella no le ayudará tampoco.

—¿Quién? ¿Googie Davis? —dije con acento frío.

Jagger tuvo un casi imperceptible sobresalto. El objeto duro se marcó más en el bolsillo.

—¿También sabe eso? —Silabeó al fin.

—Sé muchas cosas —admití sonriendo.

—¿Por qué no me las cuenta?

—Con mucho gusto. No ganaré tiempo; creo que les sobra a ustedes. ¿No era Cronyn quien iba en su «Cadillac» cuando yo venía?

—Sí. Iba convencido de que usted le llamaba con urgencia desde Los Angeles. Hacia allí se fue.

—Todas las posibilidades cubiertas, ¿eh? ¿Y la esposa e hija de Cronyn?

—Helen ha ido esta noche a visitar a unas amigas de Longville. Y *mistress* Cronyn está desde anteayer en San Francisco. Como verá, no hay nadie que pueda estorbarnos.

—Cierto. Supongo que luego ocultarán mi cadáver donde Cronyn no lo vea, avisarán a Kendall anónimamente y la policía encontrará aquí mi cuerpo. Nadie dudará de la culpabilidad de Cronyn.

—Algo así. Usted le ayudó a matar a Thomas y luego él le mató para silenciar su boca. Es una bonita combinación.

—Es maestra. ¿La ideó la encantadora *miss* Googie Davis, alias *mistress* Sturgess?

La voz de Nelly, la doncella, replicó desde la puerta:

—Me cabe ese honor, míster Martin.

—Encantado de conocerla, *miss* Davis —dije irónicamente cortés —. Sigo afirmando que es usted una guapa chica.

—Gracias. Ahora no me enfado.

—Pero cuando vine por vez primera aquí le supo bastante mal que yo lo mencionase.

—No me interesaba aparecer joven y bella. Cuando usted lo mencionó me inquietó un poco.

—Ya. Quiso matar a Googie Davis, la corista del «Golden Sky» con su nueva personalidad de Nelly, la doncella arisca de los Cronyn.

—Bueno, Martin, vamos a terminar esto de una vez —intervino Jagger con tono incisivo.

—Espera, Chris —replicó ella—. Hay tiempo de sobra. Quiero saber exactamente qué es lo que averiguó nuestro inteligente amigo míster Martin.

—Todo —sonreí.

—¿Todo? —repitió, incrédulo, Googie Davis.

—Sí. Ya me oyó usted esta tarde cuando se lo decía a Carter. Fui tan tonto que no sospeché una celada. Pero al recapacitar con calma aquí sentado, hace un momento, caí en la cuenta. Recordé que usted había pasado junto a nosotros, con Helen Cronyn, cuando yo explicaba a Kent Carter que sabía ya quién mató a Sturgess.

—¿Lo sabe realmente? —interpeló ella.

—Sí.

—¿Quién le mató?

—Usted, *miss* Davis, ¿o prefiere que la llame *mistress* Sturgess?

—Ahórrese el tratamiento de señora. Jamás lo he usado.

—Lo supongo. En el «Continental» de Los Angeles usó el de Betty Smith. Si no conociera tan bien su inteligencia hubiera llegado a creerla una chica sin imaginación.

—Veo que sabe mucho más de lo que yo suponía —dijo con cierta admiración en la voz.

—Oh, sí. Ya le dije que lo sé todo… Usted fue la amante del desdichado Steve Gillespie. Luego supo que su enamorado, en una disputa, había matado a su esposa y tuvo miedo. Averiguó quién era su abogado defensor y fue a visitarle para explicarle sinceramente la verdad.

»Por entonces Sturgess había trabado amistad con cierto individuo poco escrupuloso, redactor de un semanario de chantaje. Sí, amigo Jagger, no parpadee. También sé eso. Pero Sturgess no lo sabía y le brindó leal amistad. Usted, al principio, no pensaba en hacerle una jugada a su amigo, pero la aparición de Googie trastornó sus planes. Como no era tonto, advirtió antes que nadie, que la chica le había causado a Sturgess profunda impresión. Era una muchacha de picante belleza y seductor aspecto, muy capaz de trastornar a un solterón como él.

»Le he estudiado a fondo y he llegado a la conclusión, Jagger, de que es usted de esa clase de tipos que tienen una gran influencia sobre las mujeres. Carece, además, de escrúpulos y procuró enamorar a la chica. Googie necesitó pocos esfuerzos por su parte para hacerle caso. Y ya tuvo el camino abierto.

Hice una pausa y comprobé el efecto que mis palabras producían en ambos.

—Continúe —invitó ella.

—Esto fue en junio de 1938, a raíz de la detención de Gillespie. La vista de la causa no se retardó mucho; en julio se juzgó a Gillespie. Usted, Googie, ya no necesitaba que su amante continuara viviendo; siempre sería un estorbo para sus planes. Ignoro cómo convenció a Sturgess para que no defendiese al reo. Quizá le hizo creer que él la maltrataba o algo así. Sus encantos femeninos harían el resto. Sturgess la amaba ya locamente y sintió odio hacia quien, según usted, era capaz de maltratar y tiranizar a una mujer tan hermosa.

»No se preocupó de defenderle y Gillespie fue a la silla eléctrica. Todo iba a maravilla para los proyectos de nuestro chantajista, que tenía ya algo con que amenazar el día de mañana al incauto abogado. Lo cierto es que por el mes de agosto, Sturgess empezó a frecuentar el “Golden Sky”; la atracción suya era superior a todo pensamiento de prudencia. Una de las noches aquellas él debió proponerle el casamiento. Usted accedió, procurando ocultar su júbilo. Esto era lo que Chris y usted esperaban. Desaparecieron mediado el mes de setiembre de 1938.

»Oficialmente —seguí diciendo— se pierde aquí su pista hasta que, algunos días después, alguien les vio en Yuma.

»Ya sé que se hospedaron en casa de la señora Damberston y que allí aguardaron la tramitación de los detalles relativos a su boda. El juez Simmons les casó el 26 de setiembre. Fueron testigos la propia señora Damberston y Chris, que se había hecho el encontradizo con ustedes en Yuma. Creo que si entonces hubiese tenido Sturgess la experiencia que posteriormente adquirió se hubiese percatado a tiempo de la conspiración. No fue así y se encontró unido matrimonialmente a la bella corista Googie Davis.

»Permanecieron en Yuma hasta el 12 de diciembre en que abandonaron precipitadamente la ciudad. Ignoro los motivos, aunque imagino que formaba parte de su plan llevarle a algún otro lugar del país donde alguien conseguiría un montón de fotografías comprometedoras para el prestigio moral de Sturgess. Es el truco de todos los chantajistas.

»Jagger, muy satisfecho de la marcha del asunto, continuó en Yuma hasta el 23 del mismo mes, en que se fue de la ciudad.

»Hasta aquí he podido seguir todos sus pasos —hice una pausa y añadí—: pero pierdo la pista hasta el año 1939 en que averiguo que

Googie Davis vuelve al “Golden Sky” en busca de trabajo. Bafoulos se lo niega y nuestra famosa corista recorre varios tugurios de Chicago; su personalidad se diluye por completo hasta reaparecer en 1946, en el “Continental” de Los Angeles. Pero entretanto, sigamos a Chris y Sturgess, cuya pista es más fácil de recorrer.

»Nuestro amigo Chris tenía ya cuanto deseaba. Fotografías, una boda secreta y un caso indefendido por *seducción*. Tres factores con los que podría causar extorsión a su víctima. Sturgess era hombre de dinero; tenía varias cuentas corrientes en diversos Bancos del país. Cuentas de importancia entonces e inexistentes ahora. Nuestro chantajista supo manejar bien a Sturgess de un modo diabólicamente refinado, manteniéndose en el anónimo. De tal modo lo hizo que Sturgess no sospechó nunca de dónde provenía la extorsión. Pagaba cuanto le pedían, comprendiendo que había caído en una trampa infernal. Googie le abandonó pronto; no sé la fecha cierta, pero creo que fue en los primeros meses del 1939. Creía que Chris y ella vivirían, desde entonces, juntos y nadando en la abundancia. Le esperaba una horrible decepción. Chris, su amante Chris, era un canalla con todos menos consigo mismo. Desapareció sin dejar rastro, de modo que Googie no le pudiese encontrar.

—¡Cállese! —rugió Jagger brutalmente.

—No le haga caso —ordenó con fría dureza Googie Davis—. Prosiga su relato.

Me encogí levemente de hombros y continué:

—La pobre Googie tampoco consiguió dar con Sturgess. Entonces estaba dispuesta a contarle toda la verdad, llena de odio hacia quien la engañó de modo tan ruin. Pero carecía de dinero y de recursos. No pudo buscar a Chris ni tampoco a Sturgess y hubo de dedicarse nuevamente a su profesión de corista. Debió pasar hambre y privaciones, sólo alentada por la esperanza de que algún día encontraría a uno cualquiera de aquellos hombres y haría pagar su silencio.

»Sturgess, hombre honorable y sin tacha a los ojos de la sociedad, iba alcanzando rápidamente una situación envidiable en el foro. Siempre le remordió en su conciencia la premeditada indiferencia con que envió a un cliente a la silla y dedicó por entero su vida a salvar a todo aquel que le era humanamente posible. Ni un solo caso perdido en cuatro años. Una brillante carrera. Y

entretanto, tapaba con oro una boca anónima que le amenazaba constantemente.

»Sturgess llegó a Longville en 1940; no sé cómo acabó eligiendo esta ciudad para instalar su bufete. Quizá buscaba la tranquilidad, lejos del chantajista. Hacía años que no veía a su antiguo “amigo”. Chris Jagger. Por eso, un día en que recibió una hipócrita carta de éste se mostró muy contento. ¿Cómo podía imaginar que él era su chantajista? Jagger le explicó que había montado un periódico de poca importancia en Chicago. Entonces tuvo Sturgess una idea: dentro de sus ambiciosos proyectos estaba el de llegar a ser algún día fiscal del distrito de Longville. Pero necesitaba un periódico que, llegado el momento, defendiese su candidatura. Propuso el proyecto a Jagger, que lo encontró acertadísimo. Puso algunos reparos, pero acabó accediendo a la proposición de Sturgess y se presentó aquí. ¿Así se fundó el “Daily Star”?

»Jagger era demasiado listo para incurrir en el error de seguir causándole extorsión a Sturgess; éste hubiera acabado sospechando de él y todo estaría perdido.

»En 1942 llegó a Longville el abogado de Chicago, Forrest Cronyn, que también se estableció aquí. Era un hombre simpático y afable. Se ganó las preferencias de los ciudadanos aunque su historial en el foro no era tan brillante.

»Fue en el año 1945 cuando se le eligió a Sturgess para presidir la Fiscalía del Distrito en oposición con el que ahora es fiscal interino. Cronyn no pensó en presentar su candidatura hasta este año, en que vio una posibilidad de triunfo dada la poca simpatía con que Sturgess contaba entre la ciudad, por sus métodos.

»Temiendo esta competencia que podía muy bien arrebatarle la Fiscalía, quiso asegurarse su reelección. Consultó con Jagger, el cual le propuso un procedimiento: él recordaba cierto “patinazo” experimentado en la carrera de Cronyn, pero no tenía pruebas que lo confirmasen. Si se buscase a alguien que presentara una prueba irrebatible se podría amenazar al candidato con hacer público el hecho si seguía manteniendo su candidatura. Además, su hija Helen iba a casarse con un joven letrado de inmejorable familia bostoniana: Melvyn Adams. Ya conocen ustedes a la gente de Boston: puritanos y rígidos; de hacerse público el escándalo se consideraría roto el compromiso, lo cual sería un cruel golpe para la

joven. Se trataba de una doble amenaza que él no podría eludir. Y buscaron al hombre que aportase la preciosa prueba.

Googie rió sin humorismo.

—Entonces entra usted —dijo.

»—Entonces entro yo —afirmé sonriendo—. Elegido por el azar, yo era uno de los pocos mortales —quizá el único— que tenía tan codiciada prueba. Era, por tanto, la persona buscada. Jagger, conocedor de los reporteros criminalistas de Nueva York, pensó en mí —hice una burlona inclinación— lo cual nunca podré agradecérselo lo bastante.

»Usted había encontrado ya el rastro, no sólo de uno, sino de ambos hombres, y he aquí que una joven sencilla, sin maquillaje y aparentando más años de los que realmente tiene, toma el ómnibus Los Angeles-Longville, y se planta en esta tranquila ciudad. Cuando oí esa descripción y vi ante mí una fotografía suya de hace siete u ocho años, dedicada cariñosamente a Chris, me recordó a alguien. Quise imaginarme a la muy maquillada Googie Davis sin pintura ni peinados extravagantes. Con gran sorpresa tuve ante mi mente la imagen de una severa doncella bastante arisca que me franqueó la entrada en casa de Cronyn.

»Pero volvamos al intento de extorsión contra Cronyn. Jagger, en su ambiente favorito, había cometido un error mayúsculo. Creo que hasta entonces Sturgess tuvo siempre la sospecha de que el anónimo chantajista había sido su propia esposa, Googie. Sin embargo, el chantaje planeado por Jagger llevó a su cerebro un rayo de luz. *¡El chantajista era su amigo Chris!*

»Aquella reincidencia en su profesión predilecta le había delatado. Pensó si el tal Douglas Martin a quien iba a llamar no sería otro bribón a sus órdenes y se procuró informes en una Agencia de Detectives de Los Angeles. Aunque sea inmodestia por mi parte, descubrió qué no sólo era yo un honrado escritor, sino algo inteligente y muy audaz. Pensó que tal vez yo pudiese ayudarle. Pagó a la Agencia para que me escribiesen una carta. A otro tal vez le hubiera amilanado. Pero yo era audaz y ello tendía a un resultado opuesto: incitarme a ir en cuanto recibiese el telegrama de Jagger. Me necesitaban para que le ayudase a luchar contra Chris y desenmascararle.

—Ya ve que no le mentí cuando le aseguré que yo no sabía nada

del asunto de la Agencia —dijo secamente Jagger.

—Sí, ya noté que era usted sincero. Por eso sospeché inmediatamente de Sturgess. Aquella tarde, la carta citándome a las cinco me confirmó las sospechas. Y especialmente aquel párrafo de que *usted* no debía saber nada.

»Cuando encontré su cadáver en el lavabo me dejó perplejo. Según muchos sicólogos, los chantajistas nunca matan. No es que crea a pies juntillas esa teoría, pero en la mayor parte de los casos suele ser cierta. Si usted no había matado a Sturgess, ¿quién entonces? Ignoraba yo toda la endemoniada complicación de este caso y me desconcertó aquel violento desenlace.

—¿Cuándo lo comprendió todo? —quiso saber Googie.

—Confieso que muy tarde. Al principio casi llegué a creer que hubiese sido Cronyn. Pero él no podía ser jamás un asesino. Era demasiado noble. Fue en el preciso instante de ver la fotografía suya y de identificarla a la doncella de esta casa como Googie Davis. Los demás detalles que fueron llegando a mi conocimiento no hicieron sino confirmar esta teoría.

—¿Y si le dijese que yo estaba aquí a la hora de cometerse el crimen? —objetó suavemente ella.

—Le diría que no es cierto —repliqué con frialdad—. Me he dado cuenta que era usted quien siempre contestaba a las llamadas telefónicas.

—Cierto. Hay un aparato supletorio en el corredor de la cocina. Siempre atiendo yo cuando estoy en casa. Pero no veo…

—¡Ahí está precisamente! —exclamé con viveza—. *Cuando está usted en casa*. Pero si usted *no está*, contesta otro cualquiera; *mistress* Cronyn o su hija.

—Sí.

—*Yo llamé aquí a las cinco y diez del día del crimen*. Se puso al aparato Helen Cronyn porque usted *no se hallaba en casa*. Y no podía hallarse porque, minutos antes había estado en el piso de Sturgess. Además, olvidó allí sus guantes color siena, de forma inconfundiblemente femenina. No eran de *miss* Scott ni de ninguna otra, porque *estamos en verano*. Nadie los necesitaba si no era para *no dejar huellas*. Y en esto sólo el asesino podía tener interés. El culpable era, pues, una mujer.

—Lógico razonamiento —comentó.

—Desde luego, muy fácil. Pero había otro detalle raro. ¿Por qué estaba Sturgess en el lavabo? Nadie le había trasladado de sitio. Y si, como parecía, el asesino era una mujer, el traslado de un hombre corpulento como él, sin dejar huellas de sangre en el suelo, era casi imposible. Sturgess había muerto en el lavabo porque así se ahogaban mejor los disparos, que no serían audibles desde la calle o la escalera. ¿Cómo hacer entrar a Sturgess en el lavabo sin que él recelase nada?

—¿También descubrió esto? —se sorprendió Googie.

—También, *miss* Davis. En medio del orden del despacho de Sturgess detonaban bastante aquella lámpara caída y el tintero roto. El teniente insinuó al verlo que pareció haber habido lucha. Si hubiese habido lucha no hubiera existido tanto orden en todo. Y si no hubo lucha es que Sturgess conocía a su visitante y no podía esperar una muerte así.

»Me imaginé la escena. Entra Googie Davis nada más irse Lee Mac Donald. Viene dispuesta a amenazar a Sturgess; si no le da dinero hará público el matrimonio secreto. Pero él se ríe de ella y dice que no le dará un céntimo; que sabe ya la malvada conspiración de Jagger y que ambos van a ir a la cárcel por chantajistas. Googie primero se enfurece y luego se asusta. Dueño de la situación, Sturgess dice que ha llegado la hora de su venganza; él es el fiscal de la ciudad y es quien manda. Se dispone a avisar a la policía. Usted, Googie, pierde la cabeza y recuerda que lleva en el bolso su automática. La puso allí como precaución antes de efectuar la visita a Sturgess. En realidad, no estaba aún muy segura del éxito de sus propósitos y temía una posible reacción violenta por parte de su supuesta víctima. Al recordar que lleva la automática inmediatamente le acude la idea del crimen… Pero es, ante todo, fría y calculadora. Si dispara, allí, las detonaciones pueden oírse desde la calle o la escalera. Piensa en el lavabo, arrinconado en el muro interior. ¿Cómo hacerle entrar allí?

»El procedimiento es fácil. Como al descuido derriba la lámpara de mesa. Sturgess se agacha a recogerla. Entonces empuja usted el tintero, que se estrella contra el suelo salpicando ropa, zapatillas e incluso el rostro de Sturgess. “Está tan asustada que no sabe lo que hace”, dice usted disculpándose tímidamente; él, maldiciendo su torpeza corre al lavabo a limpiar sus manos y cara, manchadas de

tinta roja. Entra usted tras él y dispara dos veces fríamente.

—¿Y qué pasó después, Philo Vance? —Gruñó burlón Christopher Jagger.

—Googie se dispuso a irse. Se quitó los guantes que se había puesto y cuando iba a meterlos en su bolso, la sobresaltó el chirriar de la puerta del piso al abrirse. La había dejado abierta y ahora iban a sorprenderla. Se le cayó al suelo la pistola, pero no se entretuvo en cogerla. Estaba demasiado apurada para perder tiempo. Tiró los guantes sobre el sillón, perdida por completo la serenidad, y corrió a ocultarse en la penumbra del recibidor, quizá en el momento oportuno en que *miss* Scott entraba. Usted la vio llegar al saloncito y coger la pistola. No quiso saber más, y con toda cautela salió del piso sin atreverse siquiera a cerrar la puerta por temor a que *miss* Scott oyese el ruido y, buscando al que salía, la viera a usted, cosa que era preciso evitar a toda costa.

»Creo que al día siguiente, o quizá más tarde, eso no lo sé a ciencia cierta, fue usted a ver a Jagger y le contó lo sucedido. Su situación era peligrosa; él prometió ayudarla y encubrirla. En realidad, no le interesaba que usted fuese detenida porque eso le comprometía a él. En este Estado se castiga con bastante dureza el delito de chantaje.

»Por lo que veo, ahora no sólo piensa seguir siendo encubridor, sino cómplice activo en un nuevo asesinato.

Jagger me miró con fría determinación.

—Eso es lo que pienso hacer —admitió.

Suspiré resignadamente e intenté ponerme en pie.

—¡No se mueva! —ordenó Jagger—. Quédese ahí sentado.

—No llevo armas, si es eso lo que teme —sonreí.

Googie Davis se me acercó. Aunque sus bien modelados labios sonreían, sus ojos duros no mostraban humor alguno.

Jagger se levantó con rapidez y sacó una pistola automática del bolsillo.

Googie se puso tras él y fijó en mí una mirada algo compasiva, que me arrancó una sonrisa.

Alzó ligeramente la pistola, hasta dirigirla hacia mi corazón.

Había olvidado todo vestigio de humorismo. No por mí, sino por Audrey, que en aquellos momentos estaría esperando mi llegada en el hotel de Longville.

Yo no llegaría jamás…

Capítulo XII

El estruendo del disparo ensordeció mis tímpanos y un escalofrío recorrió mi espalda. En el primer momento me sorprendió no sentir el choque del plomo contra mi carne.

Creo que mi mente no razonaba entonces muy bien y mis músculos estaban amorfos, fláccidos. Pasaron algunos segundos hasta que comprendí acertadamente lo que mis ojos veían.

Christopher Jagger se oprimía una muñeca de la que fluían gotas de carmesí manchando la alfombra. Vi la pistola automática a unos centímetros de la sangre que goteaba. Un gesto de dolor crispaba las facciones sombrías del director de «Daily». Más allá, Googie Davis, substituida su frialdad por un profundo terror, miraba con ojos dilatados hacia la puerta del vestíbulo.

Yo también miré allí.

El teniente Kendall, con un revólver de reglamento en la mano, me sonrió desde el umbral. El cañón del arma humeaba. Pude distinguir tras él a Kent Carter y Lee Mac Donald. Dos policías, pasando entre ellos, entraron en el despacho.

—Hola, Doug —saludó, risueño, Carter.

—Siento haberle hecho pasar tan mal rato, Martin —dijo Kendall—, pero quise oír algunas cosas de interés.

Sonreí desmayadamente y me acerqué a ellos, mientras las esposas tintineaban al ser ceñidas en torno a las muñecas de Chris Jagger.

—Gracias, teniente —murmuré—. Si tarda un segundo más hubiese encontrado un hermoso cadáver.

—Hemos estado tras esta puerta desde que empezó usted la reconstrucción del crimen —me explicó Kendall con simpatía palmeando mi hombro.

Googie emitió un gemido a mis espaldas. Me volví; acababan de ponerle las esposas. Ella y su cómplice salieron de la estancia entre los dos agentes. Aun me dirigió una mirada desafiante, llena de odio.

—He aquí algo que si lo hubiera visto en una película habría soltado la carcajada.

—No es milagroso —rió Carter—. Si no hubieras salido de la redacción tan aprisa yo no hubiese pensado en hacer lo que hice. En realidad, puedes atribuir tu salvación a la curiosidad de un incorregible *reporter*.

—¿Audrey? —pregunté débilmente.

Fue Mac Donald quien habló:

—Viene detrás de nosotros. Va en el coche de Cronyn.

Alcé la mirada, vivamente sorprendido.

—¿Cronyn? —exclamé—. ¿No estaba en Los Angeles?

Kendall había enfundado su revólver. Se acercó a mí con una sonrisa alegre.

—Allí estaría ahora si el Destino no hubiese hecho una jugarreta divertidísima —explicó—. Le detuvimos por exceso de velocidad.

—Imagínate mi sorpresa —intervino Carter—, cuando lo supe. Me había intrigado tu súbita marcha y me propuse, averiguar a dónde ibas. Llamé a la Central y pedí el origen de la llamada haciéndome pasar por ti. Supe que procedía de Norte Hill. Fui al hotel y hablé con Audrey. Me dijo que también habían llamado antes allí. Era, según le explicaron, para tratar un asunto urgente con Cronyn.

»Satisfecha mi curiosidad salí del hotel y me dispuse a ir a Norton Hill a husmear. Entonces encontré en la carretera a Cronyn, detenido por un agente del tráfico. Aquello no tenía sentido. Le pregunté a él si te había llamado y dijo que no; que iba a Los Angeles, llamado urgentemente por ti. Me pareció muy raro todo aquello. Te confieso que sospeché de la sinceridad de Cronyn. Llamé por teléfono a Kendall y le conté lo que pasaba. En un santiamén se presentó allí y se hizo cargo de lo que ocurría. Cronyn empezó a mostrar inquietud por tu seguridad. Y yo mucha más, recordando lo que me habías dicho a la salida del Juzgado. Nos vinimos aquí. Cronyn sugirió ir a recoger a Audrey en su coche y traerla aquí. Nosotros nos adelantamos a toda velocidad, después de

pasar por el “*Post*” y recoger a Mac Donald, a quien explicamos por el camino lo que ocurría.

Kendall añadió:

—Nos detuvimos a alguna distancia de la casa para que no se pusieran sobre aviso y entramos por la parte posterior del jardín, donde había una puerta abierta. Oímos su voz reconstruyendo unos interesantes detalles del crimen y no quise interrumpir la escena hasta que usted acabase.

—Me hicieron pasar un mal rato —confesé sonriendo—. El peor de mi vida.

—¿Por qué no me dijo a mí lo que sabía? —me reprendió Kendall, ceñudo.

—Porque no hubiese creído una sola palabra. Parecía todo tan fantástico y tenía yo tan pocos indicios palpables… sólo deducciones sin valor material.

Lee Mac Donald golpeó cordialmente mi espalda.

—Habré de asegurar la vida a mis reporteros si todos son como usted —rió—, pues me quedaría la redacción desierta. ¿A quién se le ocurre dedicarse a detective? Y en plena luna de miel…

—¡Doug! —gritó una voz femenina.

Me puse de pie de un brinco y vi entrar a Audrey, pálido el rostro y agitada la respiración. Se lanzó a mis brazos impetuosamente y la estreché entre ellos.

—¡Mi querida Audrey! —susurré.

En la puerta apareció Forrest Cronyn, con su noble semblante alterado. Respiró tranquilo al verme y yo le hice un alegre guiño.

—Te creía muerto —sollozaba ella, con la cabeza apoyada contra mi pecho—. La llamada era una trampa, ¿verdad?

—Sí, querida —asentí blandamente.

* * *

El teniente Kendall acabó de leer la confesión de Christopher y Googie Davis y apartó a un lado las hojas mecanografiadas con cansado ademán. Estábamos en mi cuarto del hotel. Audrey arreglaba las maletas y yo fumaba silenciosamente.

—Conque jugando a detective, ¿eh? —dijo Kendall.

—No lo hice mal del todo.

—Ahí está lo malo —suspiró—. Lo hizo demasiado bien. Tanto, que ya tenía abierta su sepultura, amiguito. Es malo ser tonto, pero acaba siendo peor pasarse de listo. No lo olvide.

Se acercó a la puerta y tiró del picaporte. Antes de salir nos miró con ancha y significativa sonrisa.

—¡Feliz luna de miel, parejita! —deseó, cerrando tras de sí.

Una vez solos miré a Audrey.

—Cree él también que vamos a emprender nuestro viaje de novios —comenté.

—Sí, un viaje de novios que acabará en Reno.

—Y una demanda de divorcio para endulzar la luna de miel —dije burlón.

—Nos casamos para no declarar uno contra otro. Fue un truco legal para eludir a la justicia. Ya todo se aclaró y el truco es innecesario.

—Tienes razón, Audrey —afirmé—. Resultó bastante bien la cosa. Has demostrado poseer un gran espíritu de cooperación. Te felicito por tu ayuda… Forrest Cronyn será, pasado mañana, fiscal de Longville. En estas elecciones, Sturgess fue derrotado por un elector que no esperaba: la muerte. La candidatura de Cronyn ha triunfado porque la Parca le eligió en su voto. Casi un melodrama, ¿eh?

Sin decir nada, Audrey continuó ordenando el contenido de las maletas. Me acerqué suavemente a ella por la espalda y pasé un brazo por su talle. Se volvió, sorprendida.

—¿Qué quieres, Doug…? —empezó a decir.

Contemplé muy de cerca sus ojos profundos y dulces, su cutis rosado y sus rubios cabellos. Tenía sus labios tan cerca de los míos que su aliento me parecía el mío propio. Ella, silenciosa, me miraba. Acaricié su pelo dorado y hablé en un susurro:

—Audrey, no te alejes de mi lado. ¿No comprendes que te quiero?

—¡Doug!

—Sí. No me casé contigo sólo por lo que creías. Jamás he pensado en divorciarme… ¿No me crees?

Sonrió radiante; me sentí inundado de alegría y súbita comprensión.

—Doug, esperaba que algún día me dijeras esto —musitó—,

pero siempre te creí un cínico incapaz de amar a nadie.

—Ya ves que soy un sentimental —dije, estrechándola entre mis brazos—. Un estúpido sentimental que está loco por ti…

Ella pasó sus brazos, sobre mis hombros y nuestros labios se unieron en un largo beso.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.

Printed in Spain

Precio: 5 ptas.